V.

ARQUITECTURA TARTESIA: LA NECRÓPOLI DE ANTEQUERA.

El obscuro problema de nuestros orígenes artísticos parece recibir hoy un resquicio de luz, gracias á los nuevos monumentos que, haciendo séquito á la maravillosa cueva de Menga, han aparecido en estos dos años anteriores, merced á la buena fortuna é iniciativas de dos jóvenes sevillanos, D. José y D. Antonio Viera, asociados últimamente á D. Ramón Espejo, que con su esfuerzo y á impulsos de un entusiasmo ejemplar, realizan lo que debió ha mucho tiempo ser fruto de exploraciones eruditas.

En efecto, la cueva de Menga, monumento sin rival entre los megalíticos, aunque mal conocido por deficiencia de las informaciones que respecto de él se emitieron, daba una importancia excepcional á Antequera, brindando con fijar en ella un centro poderoso de cultura primitiva, desconcertante por conculcar la teoría de orígenes septentrionales que á los megalitos (1) venía confiriéndose. Sin embargo, no era fenómeno aislado, puesto que las exploraciones de Góngora y otras sucesivas daban á conocer una porción de sepulcros semejantes, aunque relativamente pequeños, esparcidos por toda la Andalucía alta, desde Tíjola, Baza y Guadix por oriente, hasta Jaén y Luque por el norte, y Ronda y Morón por oeste, quedando hacia el centro los de Antequera, Zafarraya (2), Montefrío y Dílar, este último frente á Granada, deshecho por desgracia; de modo que, aunque ellos poca luz prestasen, la grandiosidad del coloso antequerano mantenía desde luego en altísima consideración el grupo sobre los

(1) Construcciones sepulcrales hechas con grandes piedras, vertical y horizontalmente colocadas. Primero se clasificaron como obra de celtas, distribuyéndolas en dólmenes (antas ó cámaras), menhires (hitos), crómleches (círculos), etc.

(2) No existe, pero da noticia de él D. Leopoldo Eguílaz. Se le halló casualmente bajo un túmulo, en la Majada del Puerco, término de las Ventas; sirvió algunos años para guardar papas y luego fué deshecho. For-

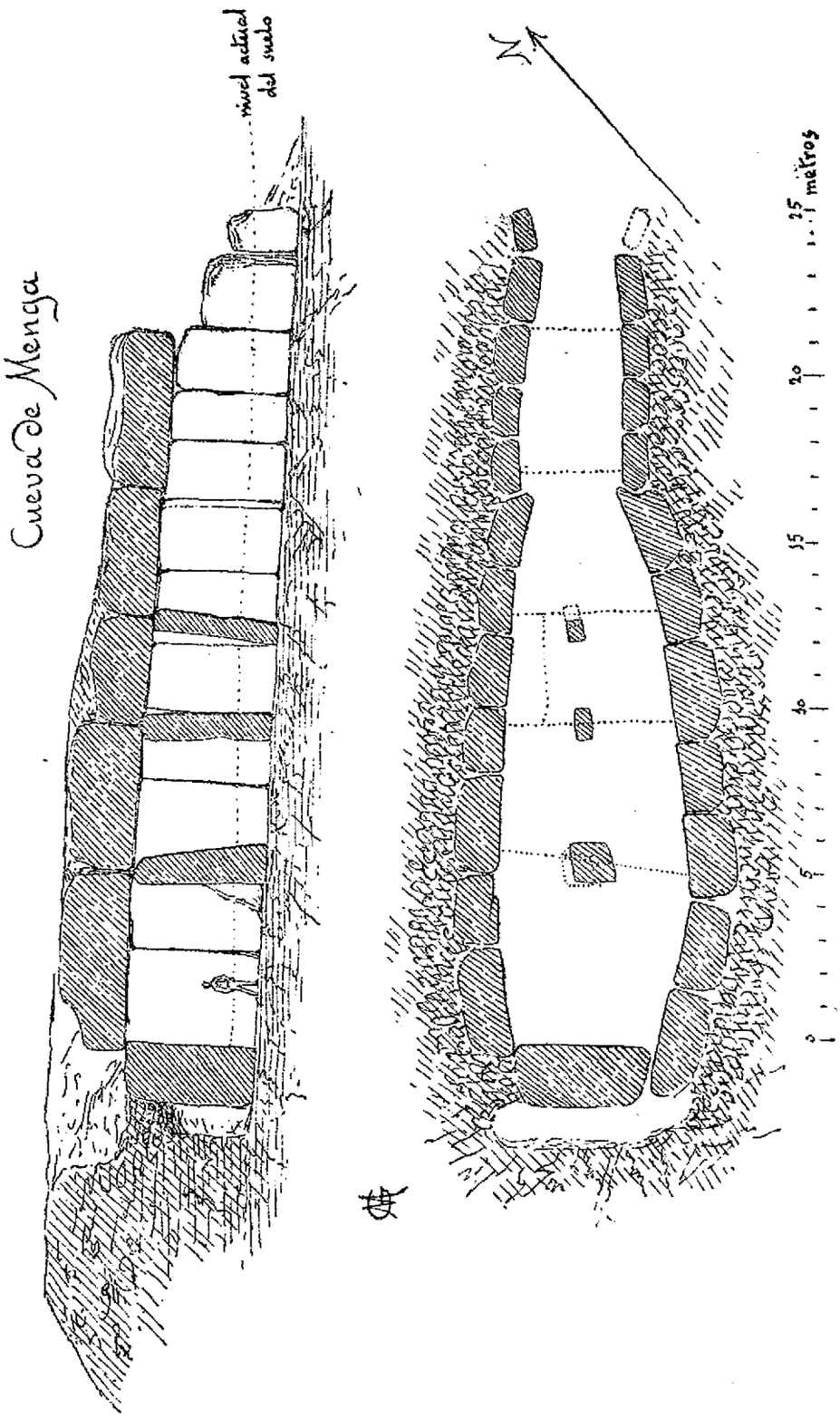
demás de la Península y al par de los famosos de tierras septentrionales.

La cueva de Menga estuvo franca desde tiempo inmemorial, si bien hasta que el arquitecto Mitjana le dió publicidad en 1847 no era conocida su valía, y el nombre dicen le proviene de cierta leprosa llamada Dominga (Menga), que allí encontró un abrigo contra la inhospitalidad de los hombres y bajo la salvaguardia de encantamientos y brujerías á que daba margen lo peregrino del edificio. No corresponde su aspecto, sin embargo, á fantasías de susto, ni despierta recuerdos angustiosos, ni se comprenden á su sombra escenas de un culto homicida; todo ello vendría bien á los peñascos de la Armórica, entre bramidos de oleaje y á vista de un suelo ingrato; mas aquí, en Andalucía, la naturaleza ríe siempre con su tierra preñada de lozanos engendros; y ante sus olivares, pintorescas montañas, cielo azul y aguas cristalinas, mal se avendrían gentes que no riyeran también, que no llevasen á broma los conflictos humanos y que, al disponer aquellas piedras gigantescas, vagasen abrumadas por una idea terrible y no al son de amorosos cantos, al correr de una vida descuidada y fácil. Es más, á un pueblo que no agotaba sus energías en fabricarse murallas ciclópeas donde esconder su miedo y su avaricia, sino en honrar á los muertos con edificios imperecederos, bien se le puede creer generoso, agradecido y libre. Su necrópoli no huyó de los vivos hacia parajes desolados, sino que está en medio de la vega fertilísima, esparcidos acá y allá sus montecillos, dominando el paisaje, como si los patriarcas muertos aún vigilasen á su prole desde la mansión eterna. Así la cueva de Menga surge en alto, á mitad de las cuestas que descienden desde Antequera, retirada un kilómetro, y á la parte de NE. de un pequeño cerro, en cuyas entrañas se encaja, cobijada

---

maba un recinto como de 4 m. en longitud, con tres piedras á cada costado, una en el fondo, otra enorme por techo y una última con taladro circular, que servía de puerta, obturándose con otra piedra perfectamente encajada. Dentro se vieron hasta diez esqueletos, grandes hachas de piedra, algún largo cuchillo de pedernal, otros de bronce con mango de madera y dos aretes de oro.

bajo un túmulo, según costumbre. Al extremo contrario del mismo cerro echábase de ver otro de aquéllos, formando plata-



forma, como denunciador de un segundo hipogeo; mas su exploración, alguna vez intentada, fué sin éxito, hasta que en el año penúltimo, por Febrero, la realizaron los hermanos Viera: bien

merece ser designado con su nombre, y así cueva de Viera le llamaremos (1).

De la de Menga no dista más de 70 m.; pero si aquélla emboca hacia NE., la de Viera se desvía hacia E., con levísima declinación á N. La construcción es idéntica en ambas, y su piedra es una brecha caliza amarillenta con granos de cuarzo y de formación triásica probablemente, bajada del inmediato y dominante cerro de la Cruz, donde se ve manifiesta la cantera. Respecto de proporciones y aspecto, diferéncianse muy mucho: á la colosal nave de Menga (2) sustituye aquí un callejón de 19 m. de largo por 1,20 á 1,35 de ancho, y 1,84 á 2,10 de elevación, á cuya extremidad ábrese una cámara de 1,75 m., término medio, en cuadro, por un alto de 2,08. Una enorme piedra la cubre, cuya longitud no bajará de 5 m.; otras cuatro forman sus muros, encajadas entre sí mediante rebajos hechos en dos de ellas, y la puerta es un taladro rectangular, de 93 por 75 cm., abierto en la piedra medianera con el corredor (3), y formando por arriba ligera convexidad, algo así como los dinteles de las mastabas egipcias.

Es su pavimento, al igual que en Menga, el subsuelo natural de la misma roca susodicha, pero descompuesta, sobre el que,

---

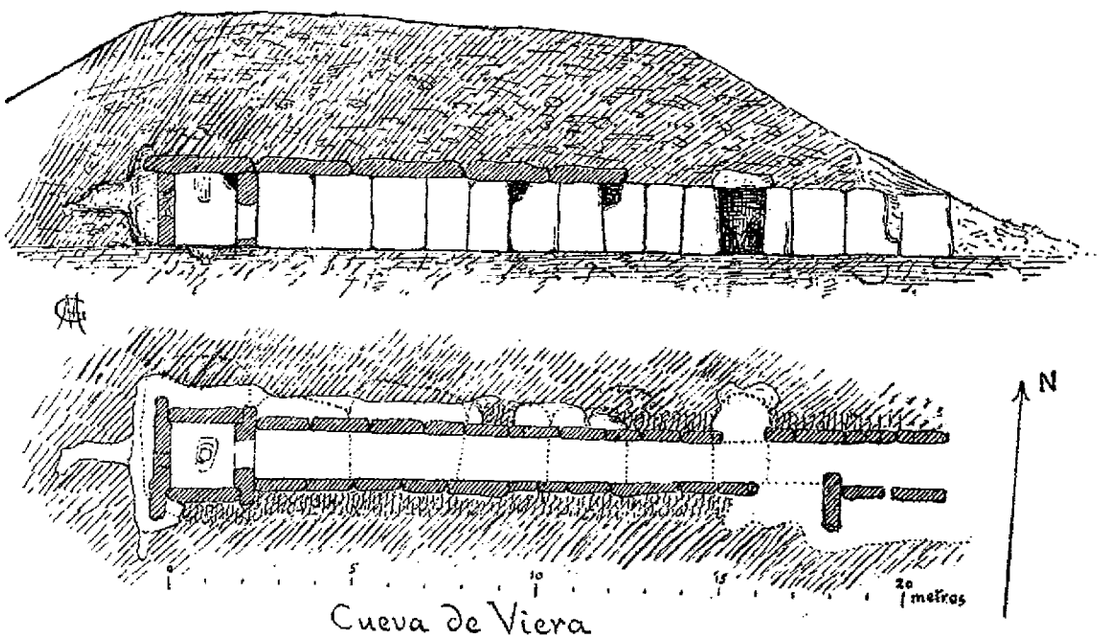
(1) Llamar cuevas á estos hipogeos ó sepulcros subterráneos es inexacto y equívoco; pero lo ha impuesto el vulgo y no es fácil de corregir. Además, bien mirado, lo justifica su aspecto, sin que esto arguya imitación artificiosa de las grutas, faltando probarse que el enterrar en ellas precedió al sepulcro.

(2) Longitud por dentro, 25,40 m.; ancho máximo, 6; altos, de 4 á 3,47. Todo el edificio sigue la inclinación natural del suelo, con desnivel de 0,74 de un extremo al otro. Hoy su altura resulta disminuída considerablemente, llena como está de tierra en cantidad de 0,67 m. por el fondo, á 1,32 por la boca, y es deplorable que no se la extraiga, representando ello un desembolso tan insignificante. Es propiedad del Estado por cesión de su antiguo dueño, pero no ha merecido incluirse entre nuestros monumentos nacionales.

(3) Recuérdese lo dicho del sepulcro de Zafarraya. El de Dílar tenía la puerta de su cámara tallada, no en una, sino en dos piedras, según la publicó Góngora, lo que viene á ser una simplificación. Las otras aberturas de dólmenes en Inglaterra y Bretaña, dibujadas por Fergusson (*Rude Stone Monuments*, pág. 374 de la traducción francesa) y Bertrand (*Arch. celtique*, 2.ª ed., p. 177), si son primitivas, constituyen degeneración bárbara del mismo procedimiento.

no directamente, sino mediando una capa de tierra, hacen asiento las piedras en ambos edificios.

Mi primera impresión, viendo la esmerada labor de las mismas, su lisura y ajustes, que apenas dejan resquicio, fué creer en el uso de herramientas de metal; pero examinando con detención, jamás he podido rastrear su huella, y por el contrario, algunas piedras hacia la boca del corredor, que se labrarían á lo último, presentan su haz llena de concavidades redondas, hechas con un instrumento romo y contundente, como el cincel ó hacha



de piedra, con que se procedería machacando más bien que tallando, de conformidad con la naturaleza de la roca, desmoronadiza sin gran esfuerzo cuando aun conservase el agua de cantera (1), y es de notar que lo mismo resultan labradas muchas hachas andaluzas de piedra, que tan solo en el corte recibían pulimento.

Las piedras del corredor son hoy en número de 27 para los muros, que se inclinan hacia adentro, si bien no tanto como en la cueva de Menga; su ancho varía entre 1,88 y 0,71 m., y su

(1) Excavando en la cueva de Menga se hallaron «toscas herramientas de picapedrero, talladas en piedra obscura, dura y consistente», según expresa un artículo del erudito antequerano, ya difunto, D. Trinidad de Rojas, en *El Genil*, semanario granadino, 1874.

grueso de 0,46 á 0,23, debiendo faltar tres de ellas. Las que le cubren llegarían á siete, mas no quedan sino cuatro y parte de otra; el ancho de la que más alcanza á 2,93 m., y su labor y juntas menos cuidadosas denuncian que se remató aprisa el sepulcro. Otra piedra de las más gruesas hállase atravesada no muy adentro, que pudo removerse de las paredes; ó acaso ella cerró la entrada, quedando fuera un vestíbulo según costumbre.

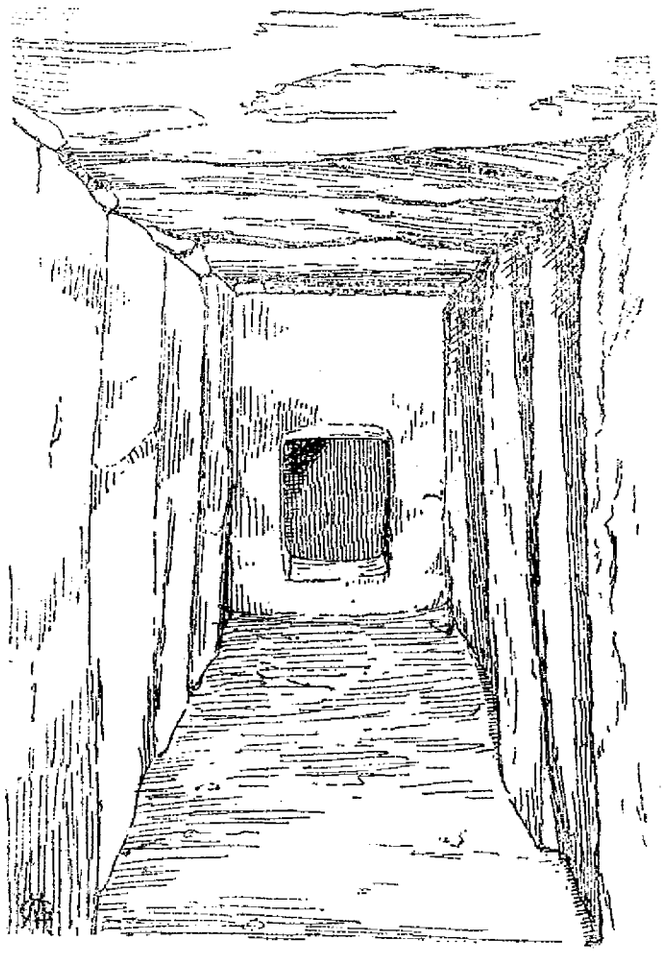
Es bien notable que entre el revés de los muros y la tierra del túmulo, media en torno del edificio una zona, como de 60 centímetros, rellena con hiladas alternativas de tierra y lascas, sirviendo como muros de entivo ó refuerzo, y lo mismo, con mayor desarrollo, en la cueva de Menga. Dedúcese de ello que primero formaban la caja del edificio en medio del túmulo; subían por él las piedras, quizá del modo que Choisy explica (1); dejábanlas caer luego en la cortadura, resultando á poco trabajo enhiestas, y tras ellas se macizaba el hueco en la forma susodicha. Las dos gigantescas palancas con que se ayudaban para esta operación dejaron alguna vez impresa su huella en la tierra apelmazada de la cortadura del túmulo. Para tender las cobijas, como sobresalen gran trecho á los lados, bastaba irlas corriendo con rodillos por encima de los muretes y rellenar huecos, pues no siempre las piedras verticales enrasan bien, con lascas y pizarra.

Desgraciadamente al volver á luz ahora el monumento, resultó ya robado y maltrecho desde una época incierta, pero muy antigua, en que fué objeto de exploración tenaz, en busca de tesoros sin duda. Al efecto picaron profundamente el suelo de la cámara, é intentaron agujerear la piedra de su costado derecho, como hicieron en la del frente, abriendo á golpes y con mala herramienta un boquete. Por él se entra en una especie de mina que, tras de varios tanteos, corre á espaldas de las piedras del sepulcro, habiéndose ahuecado parte de los muretes susodichos, cuya tierra y lascas se extrajeron por varias roturas hechas en las mismas piedras, y es de advertir que todo este escombro no

(1) *Hist. de l'Architecture*, I, 4.

quedó dentro de la cueva; además empezaron á llevarse las losas, cuya falta se indicó arriba, quizá para nuevos edificios.

No es de admirar, en vista de ello, la escasez de objetos que ahora se obtuvo aquí: la cámara no dió sino tierra negra y algunos huesos pequeños; en el corredor aparecieron dos cuchillitos de pedernal, el uno primoroso, de tajos largos como facetas,



CORREDOR DE LA CUEVA DE VIERA.

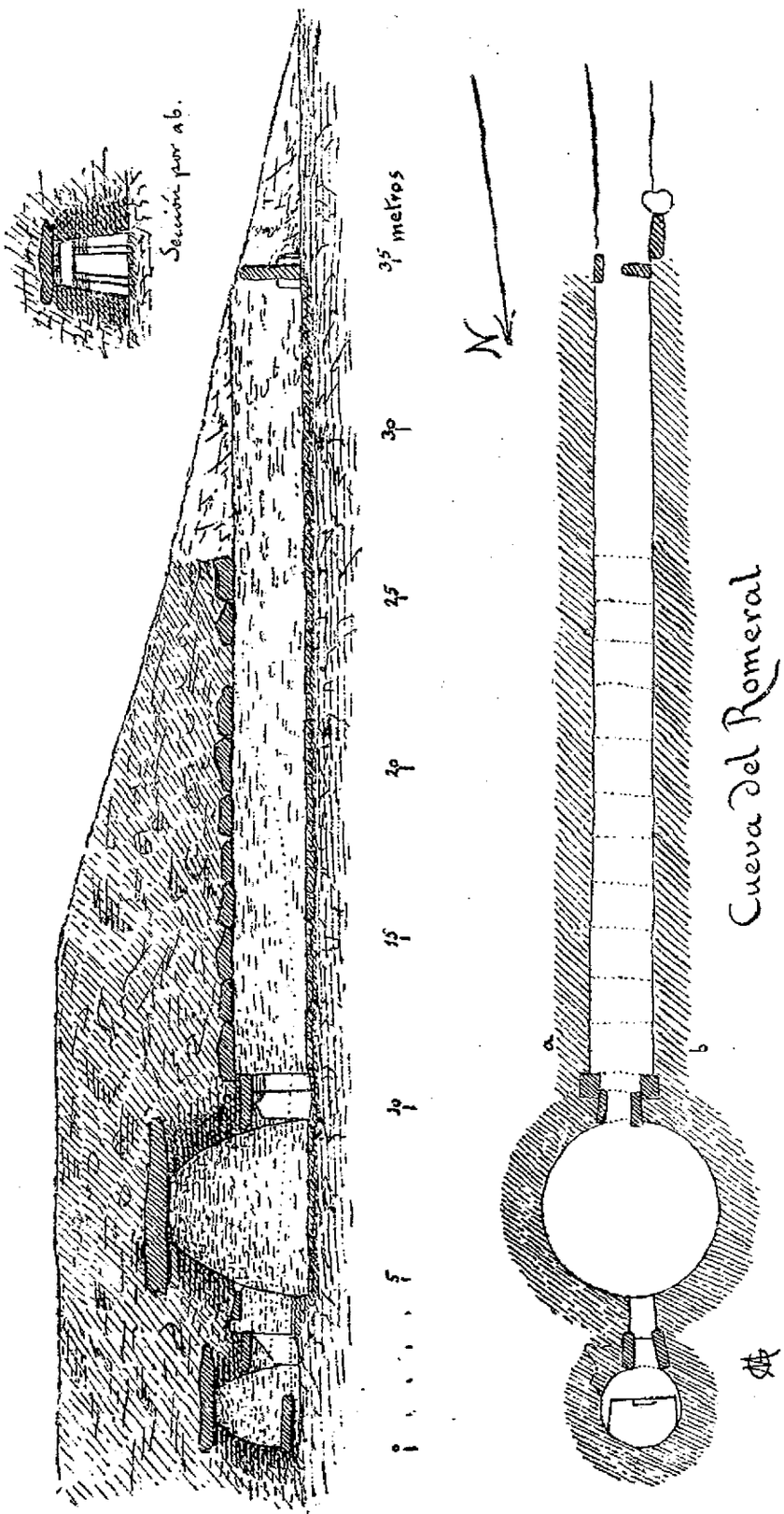
al modo ordinario y de 45 por 7 mm.; el otro es fragmento de uno más largo, encorvado por la punta y con anchura de 12 milímetros; además, una loseta de caliza blanca, ovalada, de 75 por 60 mm., y 20 de grueso, provista de concavidades redondas como tacillas, por ambas haces (1); dos esferas de caliza agrisa-

(1) El Sr. Bonsor ha descubierto otras dos así, con residuos de bermellón, en un silo y en un túmulo de los explorados por él en los Alcores de Sevilla; el segundo tenía pintada de rojo y negro su fosa (*Les colonies agricoles de la vallée du Betis*, p. 36 y 74).

da y del tamaño de naranjas, que serían moletas ó percusores; tiestos de vasijas de barro negro y una entera semiesférica, á modo de cuenco, bien hecha á mano, con 105 mm. por la boca y 45 de alto, que se halló junto á la piedra atravesada susodicha, mas un pedazo de tégula, ó sea teja romana de rebordes, que pudo venir con los primeros exploradores, y cerca, en la masa del túmulo ahora socavada para formar puerta, halláronse restos de animal con parte de quijada y muelas, que D. Salvador Calderón ha clasificado como de toro cuaternario, y casi con certeza, de uro (Bos primigenius).

Desde tiempos remotos hubo población á la vera de estos sepulcros, pues el terreno de olivar que por bajo sigue hasta la vega y el cerro inmediato de Marimacho, abundan en cascos de cerámica negra no torneada, cuchillos de pedernal y hachas de piedra, de las que una recogida por mí corresponde al tipo cilindroideo por aquí frecuente, y su materia es serpentina, de la que en grandes masas contiene el terreno diluvial granadino. Y no es ello solo, pues también menudea cascajo romano, teselas de mosaicos, sepulturas como fosas, revestidas de piedras ó tégulas, formando cada una, según dicen, dos cavidades superpuestas con otros tantos cadáveres, y además cimientos de edificios, sobre todo en la «Carnicería de los moros». Allí quedan grandes argamasones romanos, acaso de termas, cuyo muro de substrucción, largo en más de 60 m., tiene quince vanos arqueados, de los que el central, en forma de exedra, cobijaría una fuente.

Desde la boca de la cueva de Menga enfílanse derechamente la Peña de los Enamorados, cuyo extraño contorno remeda el perfil de un rostro humano, detrás los picos de la sierra de Archidona, y ante la primera, en mitad del llano y á distancia de unos dos kilómetros, una pequeña eminencia, destacándose por su color, al que debe su nombre de cerrillo Blanco y también del Patronato, que cae dentro del Romeral, posesión del Excelentísimo Sr. D. Francisco Romero Robledo, y á pocos pasos de su fábrica de azúcar, pasando la vía férrea entre medias. El tal cerrillo fué reconocido, con instinto sagacísimo, por los hermanos



Viera como un túmulo, aunque ninguna tradición le denunciaba, y en sus entrañas alberga otro monumento sepulcral de la mayor importancia, cuya exploración ha sido en Agosto último.

El diámetro aproximado del cerro es de 85 m. y 8 su altura,

que aumenta hacia N. por depresión del terreno, y forma su cumbre una meseta, que habrá disminuído de extensión á costa de un esparcimiento mayor de laderas, por efecto de los arrastres con las lluvias y las aradas. Una galería de mina abierta en él ahora patentiza su origen artificial, viéndose revueltos manchones de tierra negra, residuos orgánicos, arena, barro, cantos rodados, etc., dentro de su masa.

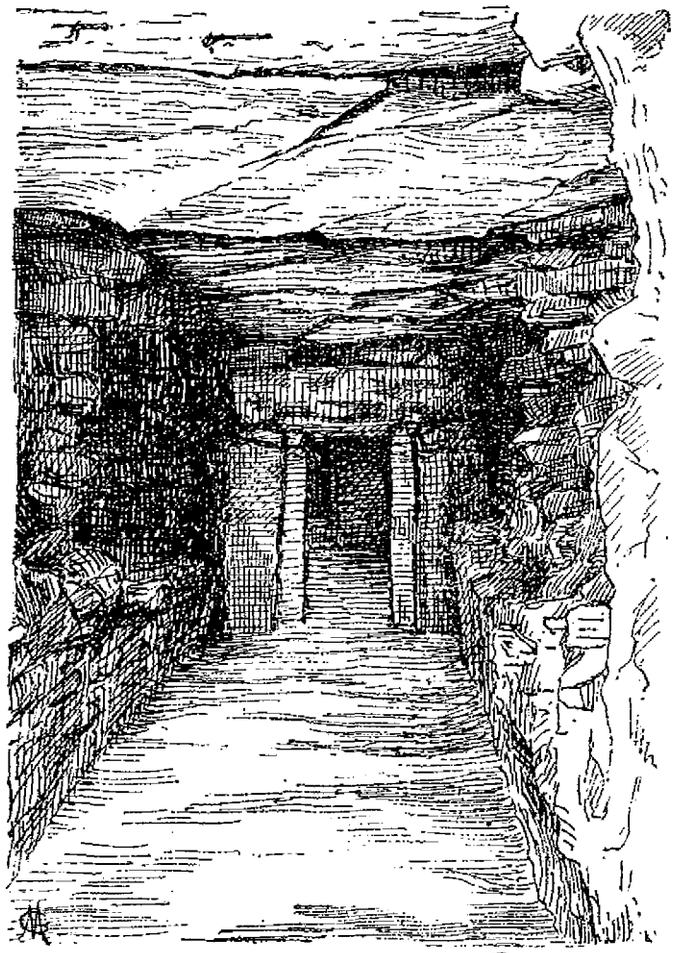
La entrada es por el S., dirigiéndose hacia N. el eje del hipogeo, que consta de un corredor de 23,50 m. en longitud, 1,70 á 1,85 de ancho y 2 de alto; al cabo una cámara circular, que mide 5,20 m. de diámetro por 4 de elevación, y más allá otra semejante, cuyas medidas respectivas arrojan 2,34 y 2,40 metros, siendo el largo total 35 m.

Aquí la construcción varía, reduciéndose lo megalítico á las cubiertas, pues los muros están aparejados con una mampostería tosquísima de lajas de caliza compacta margosa, estratificada, de color gris y con cristalillos negros de dolomita, al parecer, en algunos lechos. El grueso de estas lajas es de 5 á 8 cm.; su ancho 35, por término medio, y su largo más de 1 m., colocadas al través respecto del muro, cuyo espesor queda incierto, porque detrás va gradualmente aligerándose la obra con alternación de tierra y piedras, hasta confundirse con el cuerpo del túmulo. La mampostería está ligada con barro, que procuraban no asomase á la haz del muro, resultando ésta en seco y acuñada con piedrezuelas.

Los muros del corredor son oblicuos en su alzado, avanzando las hiladas hasta enrasar con una saliente de 30 cm. respecto de su base, y le cubren peñones de varias clases de roca, algunas de ellas muy flojas, sin género de labor, informes y hendidas por el peso cuatro de las diez que subsisten. Una y otra cámara tienen sus paredes asimismo en saledizo, que describe curvas de aspecto parabólico, y que á la altura en que fenecen salva más de la mitad del vano; pero si bien por lo alto iban agrandando el material, no se resolvieron sus edificadores á cerrar en forma de cúpula, sino tendiendo una losa enorme que, por exceder en ancho al de las cámaras y siendo de enorme peso, mantiene rí-

gido é inamovible el saledizo. La mayor de estas losas mide 6 m., por un grueso medio de 80 cm., y son de caliza compacta siliciosa, de tono pardusco y con riñones de pedernal engastados.

De la puerta del sepulcro queda una alta piedra hincada y otras menores, que no bastan á determinar su aspecto primitivo; en desquite, las de ambas cámaras permanecen intactas, son de



Cueva del Romeral

forma trapecial (1), con jambas ya monolíticas, pero completadas con mampostería por ser oblicuo su corte superior, ya totalmente de esta obra, y encima dinteles muy gruesos y sin labor alguna, como siempre. El pavimento es todo de lajas en bruto y llenos sus intersticios con piedras menores; además, en el fondo de la cámara segunda, algo alzada y asentando el muro de aqué-

(1) Con esta proporción de anchos de abajo á arriba: la primera 1,12 y 1,04 m.; la segunda 0,70 y 0,50.

lla sobre sus bordes, hay otra gran losa de la misma caliza fina, y seguramente labrada por excepción única su haz, sobre la que se depositaría el cadáver del personaje que este sepulcro mereciera (1); mas no sé si efecto de la descomposición orgánica ó de otro fenómeno, será la pátina rojiza que la embadurna.

También anduvieron aquí los antiguos buscadores de tesoros: en el corredor arrancaron lajas de las paredes en gran cuantía y casi la mitad de sus cobijas; en la cámara mayor abrieron brechas, como buscando otros senos, á más de la cámara segunda ó cripta, cuya puerta quizás hallarían disimuladamente cerrada con mampostería, á lo que pudieran obedecer sus jambas de lajas y su dintel rehundido. En dicha cripta no se contentaron con menos de dos enormes socavones, ahondar en el piso hasta descubrir el subsuelo, que es una marga arcillosa blanca, desportillar la losa del suelo y registrar debajo con hachas encendidas, pues resulta ahumada y en hueco. Echóse de ver, ahora, que todo el escombro y materiales revueltos con motivo de estas destrucciones fueron sustraídos, y que luego la tierra que fué cayendo del túmulo sobre la galería, obstruyó completamente su boca.

No produjo ya la cripta residuo alguno, sino tierra floja hasta gran altura desprendida de los boquetes, y un cuerno, como de novillo, bajo de la losa. En la cámara el relleno alcanzaba á unos 80 cm., ofreciendo una capa superior de tierra floja sin restos de cosa humana, y debajo otra más compacta y obscura, con lechos como de ceniza negra, probablemente impregnados de residuos orgánicos, y entre medias gran porción de huesos humanos despedazados, algunos cascos de vasijas y dos fragmentos de conchas marinas. Estas son, pequeña y nacarada la una, del género lithodomos (2), y con radios en color rojizo la otra, que se-

---

(1) Así ha podido comprobarse por casos análogos observados en las antas portuguesas de Marcella, Arrife y Frieiro.

(2) Otras así contenía una sepultura del cerro Redondo, en el cortijo de Mecina (Fonelas: Guadix), juntamente con una azuela de piedra, cuchillos de pedernal y una vasija hecha á mano, en forma de olla, muy deprimida y con solo un reborde por cuello.

ría una mactra. La cerámica es lisa, hecha á mano, bien cocida, absolutamente negra, compacta y fina su pasta y bruñida la superficie; de espesor tienen los cascos unos 7 mm., y los bordes recogidos corresponden á una olla muy grande semiesférica, y á otra cuyo diámetro sería de 16 cm., con ancha boca algo movida hacia afuera, como las de la cueva de Alhama. Respecto de los huesos, corresponden á individuos más bien pequeños que grandes, en cuanto los fragmentos permiten juzgar, faltando cráneos en absoluto, pero sí hay dos maxilares y parte de otro y de hueso ilíaco de niño (1). El corredor arrojó pocos huesos, como de animales pequeños, y más cerámica en abundancia, de clase diversa, haciendo fe respecto de época un cacho de tégula y otro de ímbrice romanos; lo demás, ó bien parece romano también, como un elegante cuello de hidria, ó bien es groserísimo, hecho á mano y cocido mal, de pasta negra, algo enrojecida á veces, y superficie exterior parda: así son, un vaso semiesférico, descubierto cerca de la entrada, cuyo espesor varía de 1 á 3 cm., y mide 18 de diámetro por 10 de alto; otro, á modo de taza, desarrollada en curva de gorja, con 11 cm. por la boca y 7 de alto, y un tercero que solo deja ver cómo subían ensanchando derechamente sus paredes sobre base plana. Además un trozo de olla con asa, á torno y de aspecto moderno.

Poca sagacidad basta para reconocer grande analogía entre esta cueva del Romeral y los sepulcros con cúpula de Grecia, cuyo tipo es el llamado tesoro de Atreo en Micenas: el corredor (dromos) es allí á cielo abierto; mas el Ática suministra ejemplares, en Eleusis y Toricos, abovedados en saledizo y con aparejo de mampostería acuñada, que se repite en el de Ménidi (2). El mortero de barro es típico en las más vetustas obras de aquel país;

---

(1) Los restantes, según clasificación hecha por mi señor padre, son: dos astrágalos, catorce vértebras, dos trozos de clavícula, una cabeza de omoplato, dos de esternón, quince trozos de costillas, uno de sacro, dos cabezas de cúbito simétricas, cinco metacarpianos, una falange de mano, una cabeza de fémur, otra inferior de tibia, dos ídem de peroné y siete metatarsianos, sin contar lo menudo.

(2) Perrot y Chipiez: *Hist. de l'art dans l'antiquité*, VI, 415 y 417.

así también las puertas trapeciales, las cúpulas parabólicas en saledizo (encorbellement) y aun las cubiertas de losas, usadas en el templo del monte Oca (Eubea) y en la cripta del tesoro de Orcómene. Es decir, que si el sepulcro del Romeral hubiese aparecido en tierra helénica, constituiría una simple variación del tipo miceniano caracterizada por la segunda cámara redonda, en vez de rectangular como solían, y el sistema mixto de bóvedas en saledizo y cobijas, como testimonio de ineptitud para desarrollar aquéllas por completo; mas acaso también cabe explicarlo por un sentimiento estético progresivo de repulsión hacia la curva, como debido á influencias egipcias ó fenicias. De todos modos, el arraigo del susodicho tipo en el suelo andaluz provoca intrincadas cuestiones de índole histórica y artística, que solo á grandes rasgos plantearé ahora.

En efecto, dadas las diferencias esenciales en estructura y forma entre las cuevas de Menga y Viera y la del Romeral, hay que admitir un orden de sucesión, quizás á plazo largo, entre la arquitectura megalítica de las unas y la parejada de la otra, porque la simultaneidad es inverosímil en edificios de igual destino y tan similares en el fondo; mas, ¿cuál precedió?

Si adoptamos ideas corrientes y aun no contradichas, lo megalítico se impone, con sus adehalas de prehistorismo, edad de piedra, razas imaginarias con nombres feos designadas, etc., tan halagüeño todo ello por las fantasías á que da margen, que sus inventores y adeptos lo sustentan á ojos cerrados contra cualquier ingerencia del campo de la historia, echándose de ver que ellos fueron hombres expertos en geología y antropología, inclinados á formar ciencia de lo humano, más bien que arqueólogos, sabedores de los influjos, arranques y vaivenes que agitan la vida social, y cautos por lo mismo en erigir sistemas, aunque por lo racionales á primera vista seduzcan.

Mucho, en efecto, parece inseguro y cuestionable en la prehistoria, no embargante reconocerse como verdad que hubo una época, la más primitiva de todas, llamada hoy paleolítica, en la

que instrumentos sencillísimos de pedernal, hueso y madera, atestiguan por sí solos un vivir en absoluto diverso del de las sociedades históricas, sin casas, sin sepulcros, sin utensilios domésticos, sin estilo formado, y cuya vejez garantizan los huesos de animales cuaternarios que suelen yacer entre los susodichos despojos.

A tal época, verdaderamente prehistórica, que de no existir comprobada habría que imaginarla como revelación de nuestros aborígenes, sucede un período llamado neolítico, al que los megalitos se atribuyen, con instrumentos asimismo en piedra y hueso, pero más elaborados é idóneos, cerámica, un sistema ornamental, ciudades dispuestas para la defensa, sepulcros bien alhajados en provecho del muerto, un culto supersticioso, animales domésticos, etc., denunciadores de una sociedad constituída en forma análoga á las nuestras y con ideas que nos son por varios conceptos familiares. Aún es clasificado dentro del prehistorismo un segundo período, el del bronce, á que muchos anteponen otro más, el del cobre; pero respecto de España, concurre todo en pro de reducir á uno solo éstos de los metales y el neolítico (1).

Los esfuerzos de la escuela prehistorista van dirigidos á inquirir un enlace entre lo neolítico y lo paleolítico, mas luego la primera invención de metal y su elaboración progresiva, merced á un encadenamiento de mejoras dictadas por la experiencia, y con tal fin procedióse á la inocente tarea de formar series de objetos sobre el modelo de las especies naturales, sin mejor criterio que si una biblioteca se ordenase por tamaños y limpieza tipográfica, atribuyendo al más pequeño y tosco la primacía cronológica, y así hasta el más grande y pomposo (2). Fuera de

---

(1) Así lo admiten, aunque á base de otras hipótesis, el Dr. Much, citado por los Sres. Siret *(Les premiers âges du métal*, etc.), y Hamard, que se apoya en Bertrand *(Dict. apolog. de la foi chrét.*: art. *Pierre.)*

(2) Si por base de cronología tomásemos, como hace la prehistoria, una escala cerrada de lo sencillo á lo complejo, de lo tosco á lo exquisito, de lo deforme á lo bello, nos juzgaríamos rodeados de anacronismos, viendo la carreta y el automóvil que surcan al par nuestros caminos; el

este experimento vano, todo son misterios é hipótesis que los hechos no cesan de contradecir, enseñando el abismo que media tras de lo paleolítico, cuyas divergencias con el neolitismo radican mucho más hondas de lo que supone la calidad de un artefacto, y cómo de súbito aparecen luego con la segunda época desarrolladas todas las conquistas fundamentales de los pueblos históricos, y tan en armonía con lo oriental, que el asimilarlas constituye un hecho de probabilidad garantizada, muy por encima de las elucubraciones prehistoristas.

Frente á ellas la ciencia objeta que, siendo muy raro el cobre nativo en nuestros países, y exigiendo su obtención de las piritas y carbonatos especiales procedimientos de carácter inductivo, no era posible los adivinasen nuestros míseros aborígenes peleolíticos por su solo esfuerzo intelectual, y mucho menos la aleación constitutiva del bronce, sino que hubo de intervenir la experiencia de los orientales, mejor acondicionados para ello, y como comprobante viene el análisis descubriendo en nuestros bronces primitivos igual composición que en los del Oriente. A la vez, muchísimos hallazgos de metal en estaciones calificadas de neolíticas, y el no aparecer distinción de tipos entre ellas y las demás que no le suministran, persuaden con certidumbre de que su ausencia es accidental, debiéndose á pobreza ó á despojos inferidos por los violadores de sepulcros. Si algunas habitaciones muestran en sus estratos más antiguos un predominio á veces exclusivo de instrumentos de piedra, no comprueba ello

---

pastor con su honda, vecino del guardia armado de mauser; la vajilla de Sevres y el cuenco de madera ó de groserísimo barro, saliendo á luz en un día mismo; hoy alumbradas por electricidad paredes que ahumó ayer una astilla de tea, etc. Vemos también que ni aun lo más perfecto sucede siempre á lo menos: nuestro montañés andaría descalzo mientras no vió en la elegante crépida un modelo para sus albarcas y esparteñas agovías, y comió con los dedos hasta que supo fingir de palo la cuchara metálica ó de marfil, de precio superior á sus recursos, como la vil candileja de petróleo y acetileno viene para el pobre tras del mechero delicado. Y si esto es hoy, cuando el comercio lo invade todo y abarata la competencia sus productos, ¡cuánto más hubo de vivir rezagado el hombre antiguo y contentarse con lo muy sencillo, aunque otros ricos y más diestros desarrollasen á su vista una cultura superior!

sino el hecho naturalísimo de que los fundadores de pueblos son por lo común gente menesterosa, que en busca de mejor fortuna cambia de sitio; y á la par, estaciones hay, como la cueva de la Mujer, en Alhama, que, sin variación alguna en su aspecto neolítico, llegaron hasta rozarse con la cultura romana (1). Otra prueba ofrecen las exploraciones de los hermanos Siret en los contornos de la sierra Almagrera, donde yacimientos juzgados los más antiguos por carecer de metal, son simplemente miserables, pues allí, junto á ensayos rudísimos de cerámica hechos por mano inexperta, instrumentos de piedra y alhajas de conchas, salieron vasijas muy bien elaboradas y elegantes, que sus pobres dueños estimarían en mucho, cuando aun rotas las conservaban á fuerza de lañas; y otras estaciones, hermanas y coetáneas en apariencia de las susodichas, arrojaron herramientas de cobre, alhajas de bronce perfectamente hechas y aun algo de vidrio y de hierro (2).

La prioridad del cobre sobre el bronce, á todas luces razonable y comprobada ya en el Oriente, parece haberse de aplicar también á nuestro suelo, y D. Luís Siret lo afirma, en virtud de sus últimos descubrimientos, sin que ello á mi juicio entrañe por necesidad que al usar el uno desconociesen el otro, pues como el estaño debía de ser aquí raro, trayéndose de lejos, y quizá su aleación constituía un secreto, al paso que abundaban minerales de cobre, es natural se valiesen de éste con preferencia, sobre todo para las piezas gruesas y más vulgares, como hachas planas en forma de cuña, que siguieron fabricándose así hasta la introducción del hierro. Más tarde el descubrimiento de grandes cria-

---

(1) Una excavación, hecha posteriormente á las de Macpherson y de mi señor padre, me convenció de ello, pues ningún adelanto se nota en la cerámica extraída á diferentes profundidades, sino que más bien yacían en lo hondo tiestos pintados y decorados de los mejores; luego, hacia la parte superior, abundaba cascajo romano de tégulas, ímbrices, ánforas, otras vasijas pequeñas á torno, y el solero de una de ellas recortado intencionalmente. Encima de todo había un lecho de tierra, menos obscura y sin residuo extraño de ningún género, en espesor de 30 cm.

(2) H. y L. Siret: *Les premiers âges du métal dans le SE. de l'Espagne.* L. Siret: *L'Espagne préhistorique*, páginas 75-76.

deros de cobre y estaño en el NO. de la Península facilitó la elaboración del bronce, dando lugar á un período en que éste predomina, y allí se desarrolló una colonia de fundidores pujante, que tal vez hizo comercio de sus productos con los países del Norte, distinguiéndose por su lisura de los ricos bronces suizos y escandinavos, así como el ser fundidos ó con un simple repaso á martillo, les aisla de las manufacturas greco-etruscas repujadas.

La otra industria, base del neolitismo, consistía en labrar la piedra muy diversamente de como en lo paleolítico se acostumbraba, ya tajándola en largos y rectos chaflanes, ya pulimentándola, según la calidad de la roca demandaba y según se requiriesen instrumentos de corte ó de trabajo, incluyendo en éstos los picos ó hachas, azuelas, cinceles y martillos. El Oriente suministra ejemplos de estos tipos, que allí constituirían al principio una fase similar de la paleolítica nuestra; mas, al aparecer aquéllos en Occidente, vendrían ya influídos por el arte de los metales, cuyo complemento y no más significaban. Así, por ejemplo, si el cuchillo y punta simple, tajados en pedernal, obsidiana ó hueso, no provienen sino de haber reconocido antes las condiciones naturales de dichas materias, siendo instrumentos que podemos llamar primarios, en cambio la cuchilla, lanza ó flecha delicadamente retocadas, en forma de hoja de laurel ó triángulo y con pedúnculo, aletas ó escotaduras, el cincel y la azuela plana exigen conocimiento previo de instrumentos en metal, á que estas formas competen. Es decir, que, á mi juicio, lejos de referirse á un arte exclusivamente pétreo, suplían deficiencias del metal antes de conocerse el hierro, ya buscando mayor dureza, ya por economía y como recurso de gentes atrasadas y pobres, ingeniándose por contrahacer con materiales caseros los utensilios que no podían obtener por compra. Otras veces, por ejemplo aquéllos cuya belleza y exotismo nos sorprenden y que no suelen hallarse fuera de los sepulcros, constituían ofrendas á los muertos y alardes de habilidad sin aplicación útil, y sujetos en cuanto á la materia, á prescripciones rituales y tradicionalismos, según respecto del Egipto y otros pueblos orientales nos consta.

Negado que entre nosotros resulte la época paleolítica evolucionando por desarrollo espontáneo hacia la neolítica y de los metales, y visto el carácter especial con que ésta se nos ofrece, procede resueltamente aceptar la hipótesis, ya vislumbrada por otros, de una ingerencia oriental, bien fuese merced al tráfico, ó, lo que á mi juicio es más verosímil, por el desembarco de colonizadores que poco á poco transformaron el Occidente.

Sus indicios abundan, y todo el arte neolítico está impregnado de concordancias orientales y sobre todo griegas, de aquello griego más primitivo que la colina de Hissarlic, la Troya heroica, ha venido á revelarnos, y cuyo desarrollo constituye el ciclo miceniano. Salvo durar allí menos el cobre, que desde un principio se usara, y faltar aquí plomo, por lo demás convienen los materiales en ambos extremos del Mediterráneo; y tocante á formas, nuestros cuchillos de pedernal, planos por un lado y á chaflanes por el otro, coinciden con los griegos y con los admirables egipcios, lo mismo que las hachas pulimentadas, las puntas de flecha, las supuestas aguzaderas, hachas metálicas cuneiformes, lanzas y cuchillos. La cerámica negra con decoración rectilínea incisa y empastada, de Ciempozuelos (1), que también se han descubierto en Talavera (2), Carmona (3), Almería (4) y Setúbal (5), y cuyos remedos más ó menos bárbaros abundan en nuestras estaciones neolíticas, será de origen egipcio ó caldeo y constituyó una industria primitiva en Grecia (6), Chipre y Etruria.

Más sorprendente aún es, en la interesantísima necrópoli de

---

(1) Boletín de la Real Academia de la Historia, xxv, 436.

(2) Idem id., xxx, 448.

(3) Bonsor: Obra citada, y mejor en la de P. Paris: *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, ii, 43.

(4) Por Siret. Además el museo de Granada conserva otro vaso procedente de Tabernas, de tono claro y sin empaste visible.

(5) *O Archeologo portugûes*, viii, 269.

(6) Perrot y Chipiez: *Hist. de l'art*, vii, 145. Piezas egipcias aparecieron en una gruta sepulcral que reseñó Flinders Petrie; las otras caldeas han sido recientemente descubiertas por el capitán Crós, y el Louvre guarda fragmentos traídos de Susa, diversos en cuanto á estilo. Se las halla igualmente en Tracia, Sicilia, Provenza, Altos Pirineos y Bretaña.

los Millares (Almería) (1) y con piezas de la susodicha vajilla, el hallazgo de otras semejantes, diseñando con infantil garbo redondos ojos acompañados de sus cejas y pestañas (2), ciervos, palmas, etc., más algunos pezones de bulto apareados, temas que repiten los primitivos vasos y *fusaioli* de Hissarlic y otros de Toscana, con tan viva semejanza que por sí sola establece criterio. Añádanse, de igual procedencia, vasos geminados, otros de mármol, betilos ó ídolos, marfiles, cuentas de ámbar, jade, amatista y calais, placas de pizarra con taladros y rayas, y otra en forma de lítuo, como las portuguesas, aunque menos labrada, probando todo ello una comunicación directa con el Oriente mucho más íntima de lo que el simple tráfico pudiera inculcar.

También hay una vajilla negra y lisa, característica de las necrópolis más modernas del Argar (Almería) y el Zalabín (Guadix) (3), cuyas dos formas dominantes, el vaso de paredes en escocia y suelo convexo y la copa sobre peana (4), inolvidables por su elegancia, recuerdan otras griegas antiquísimas en barro y oro, siendo estas últimas acaso los modelos originarios (5). La diadema de oro de Albuñol (6) concuerda singularmente con las de Micenas, y, por último, las pulseras de alambre en espiral, las cuentas de piedra y bronce, otros amuletos de hechura

---

(1) L. Siret: *L'Espagne préhistorique*, 1893. Monografía breve, pero de gran valía, y que es lamentable no se haya vulgarizado.

(2) Compárense, un ídolo de piedra del museo de Faro, publicado en *O Archeologo portugûes*, VIII, 171, y las pictografías de los sellos cretenses.

(3) Son fosas rodeadas de lajas de pizarra, ó bien dos grandes ollas unidas por sus bocas. Lo del Argar fué ilustrado por los hermanos Siret, sus descubridores, en la monumental obra arriba citada; lo del Zalabín se removió en 1892 por obreros codiciosos, extrayéndose además cuchillos de bronce con clavitos de plata para la empuñadura, sencillas alhajas y un epitafio romano vulgarísimo.

(4) Se las halla, fuera de las estaciones nombradas, desde la Puebla de D. Fadrique, Orce, Huéneja y Fiñana, hasta Zafarraya y Mairena. Las del Acebuchar, descubiertas por Bonsor, con decoración grabada y empastada, son menos graciosas, pero les aventajarán en fecha.

(5) Se hallaron en Troya y Micenas, y las reprodujo Schliemann en sus conocidas obras.

(6) Góngora: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, pág. 29. Se conserva en el Noviciado de jesuítas de Granada.

humana (1) y figurillas de cuadrúpedos nos acercan aún á Hissarlic.

En lo decorativo, responden á una evolución posterior las Citanias ó plazas fuertes del Duero, con su sistema ornamental de lazos curvos, asimilado con perfecta justicia á lo miceniano, y del que arrancarán á su vez las pobres delineaciones de algunos megalitos en Bretaña, Escocia é Irlanda (2); asimismo la «pedra formosa» de Briteiros (3), llena de adornos lineales, recuerda por una parte decoraciones rupestres frigias, como la llamada tumba de Midas, y por otra los frontispicios de las «sepulturas de gigantes» en Cerdeña. El uso de conservar en las casas los cadáveres, testificado por Eurípides, se practicó en Andalucía (4), y el de colocarlos siempre con las piernas y brazos doblados, como en cuclillas, no solo es regla en lo neolítico, desde España y Africa hasta Escandinavia, sino también en la Grecia prehelénica (5). Por último, refrendan con sello gigantesco estas armonías las murallas ciclópeas de Tarragona, calificada de tirrénica por Ausonio; Sagunto, de origen griego reconocido, Gerona y otras menos importantes (6), hermanas gemelas de las acrópolis famosas de Grecia é Italia central, así como los recintos de las Citanias susodichas, que obedecen á más arcaicas influencias (7).

Concretando al sepulcro megalítico ó dolmen, como los franceses le llaman, el prehistorismo, por boca de Mortillet, le asigna origen, digamos así, espontáneo, derivándole de una artificiosa imitación de la gruta, hipótesis no solo injustificable, sino concul-

---

(1) Siret y Bonsor: Obras citadas.—Vilanova y Rada: *Geología y protohistoria ibéricas*, donde se publica otro, procedente de un sepulcro de Tíjola, mejor definido.

(2) Fergusson: *Rude Stone Monuments.*

(3) Muchas veces publicada; por ejemplo, en Cartailhac: *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal.*

(4) *Helena*, v. 1163.—Perrot: Obra citada, VI, 354.—Siret y Bonsor, en sus ya citadas obras.

(5) Perrot: Obra citada, VI, 408, 471, 562 y 566.

(6) P. Paris: Obra citada, I, 12 y siguientes.—Gudiol, en su *Arqueología sagrada catalana*, señala más restos en Mur y en S. Miquel de Erdol.

(7) BOL. DE LA ACAD. DE LA HISTORIA, XLV, 148.

cadora del evolucionismo en que la escuela se funda, viniendo á hermanarse con aquella otra que sacaba la catedral gótica de un bosque de palmeras, sin reparar que es arte la arquitectura demasiado complejo y científico para basarse en tales fantasías. La doctrina antigua que le atribuyó á celtas y druidas, caída en disfavor cuando se supo bien su desarrollo geográfico, no merece revalidarse, á pesar de los esfuerzos del abate Hamard, porque si ellos le hubiesen traído, iríamos viéndole á lo largo del Danubió, que fué su derrotero, y en los distritos que ocuparon con preferencia, lo que no se verifica, según reconoció Bertrand, quien tampoco acierta, buscando entre esquimales y lapones la cuna del megalitismo (1). Fergusson, por otro lado, hizo buen servicio con abatir preocupaciones y exclusivismos doctrinarios; mostró que el estado neolítico en las regiones septentrionales duró hasta bajo los romanos; que muchas obras calificadas de prehistóricas son relativamente modernas, é investigó con acierto el destino primitivo de los megalitos; pero fía demasiado en tradiciones, criterio engañoso que en España nos autorizaría á invocar por sus constructores á los moros, con quienes el vulgo resuelve siempre lo extraño; admite el progreso como fundamento *a priori* de cronología, de modo que siempre lo tosco é informe lleva, según él, delantera, y respecto de orígenes lanza la mezquina idea de que el dolmen sea desarrollo de la fosa sepulcral, hecha con lajas de dos pies de altura; pero falta reconocer este sepulcro primitivo, supuesto que las llamadas cistas le son posteriores, y además el dolmen no es una caja más ó menos grande, sino la casa eterna, según por analogía enseñan Egipto, Micenas y Etruria.

Motivos hay, pues, viendo lo estéril de las hipótesis expuestas, para inferir que el problema de orígenes iba planteado mal, y que divorciando al neolitismo de las artes históricas nunca podría llegarse á resolverlo.

En efecto, conforme ahonda la arqueología en el conocimiento de cada pueblo, se van atenuando las diferencias de unos á otros,

---

(1) *Archeologie céltique et galloise;* 2.ª ed., p. 184.

y más correlación de tipos artísticos primordiales y de influjos les armoniza, en forma que todo hace creer en su unidad primitiva, al par que la de razas y lenguas, y así vimos aliarse ya el Oriente y el Occidente bajo la razón común de tantas obras como arriba se cotejaron. Además, ciertos ejemplos acreditan que el megalitismo no se produce en los albores de una sociedad, sino cuando ella logra cierta pujanza y desarrollo artístico, de modo que egipcios, fenicios, indios y griegos, llegaron á él después de ejercitarse con materiales más fáciles, revelando un ideal de grandiosidad y fuerza atacado de frente, á conciencia, y según uno de los fundamentos radicales del arte, cual es la dificultad vencida, hasta ceder ante otros ideales más delicados y complejos (1). Si pues el megalitismo no debe ser forma primordial del arte ni de hecho lo es el dolmen, que falta en los países donde primero se verificó su desarrollo, hay que buscarle un entronque, una prosapia digna de su grandeza.

España, como de costumbre, presenciaba cruzada de brazos el certamen, esperando á que los padres graves transpirenáicos *hiciesen opinión*, y sin recabar voto, gracias á la pasividad con que dejamos se nos anteponga lo de fuera. Mas ya que por allende tanto sube el crédito de nuestro arte primitivo, y se nos juzga dignos de exploraciones y estudio, bien cuadra vindicar nuestros preferentes derechos en el litigio, ahora que, merced á los hallazgos de Antequera, se concitan frente á frente megalitos de los más perfectos y gigantescos y un modelo clásico irrefutable.

Si para toda investigación ha de tomarse como punto de partida lo que ya se conoce, es incuestionable recurrir en el caso pre-

(1) El haberse de labrar la piedra á costa de gran esfuerzo, cuando aun no era conocido el hierro, hace posible explicar el megalitismo; pues como la cantidad de superficies laborables va en razón directa del número de piezas, es natural que redujesen éste á más no poder, ahorrándose graves problemas de estática y mucho trabajo, á cambio de una sola dificultad, cual era el manejo de grandes moles; pero, una vez en posesión de recursos idóneos, esto no exigía sino tiempo y brazos, factores al alcance de cualquier pueblo joven.

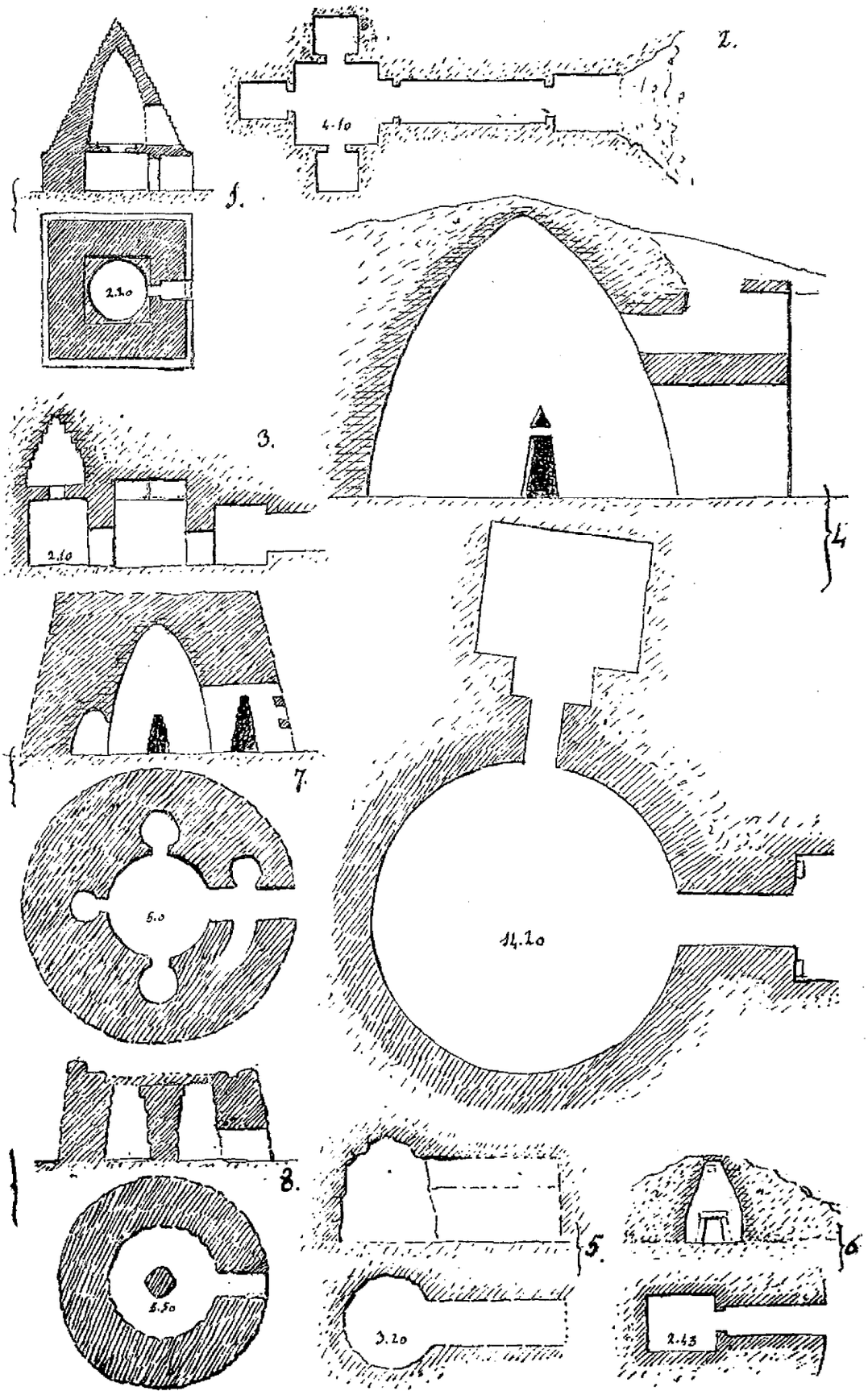
sente al modelo de la cueva del Romeral, cuyo entronque con lo miceniano se declaró arriba, pues él, en efecto, sí trae abolengo conocido y generalísimo: es la pirámide y mastaba egipcias, la topa india, el túmulo de Lidia, Etruria, China, Méjico, etcétera, y en suma, la cripta sepulcral de tantos pueblos (figuras 2, 3 y 6). Así también usaron las arquitecturas primitivas de muros aparejados, falsas bóvedas en saledizo, cobijas, puertas trilíticas y mortero de arcilla; pero especiales de Grecia fueron los vanos trapeciales y la cámara redonda y cupuliforme (figuras 4 y 5), que bien pudo traer su origen de las tumbas egipcias de Abydos, á partir de la XI.ª dinastía (fig. 1), como ellas incuestionablemente prestaron su forma exterior á muchas de Fenicia, Etruria y Judea.

Con los mismos elementos desarróllanse las nuragas de Cerdeña, especialmente análogas además á lo del Romeral por sus criptas secundarias redondas y el aspecto de corredores y puertas (fig. 7); otro avance aún y ya decisivo nos trae á los talayotes baleáricos, similares de aquéllas, salvo que interrumpen su saledizo y rematan con losas horizontales, como en Antequera, convergiendo á veces en torno de un pilar central, por falta de resolución y medios para cubrirlas con una sola piedra (fig. 8). Además pueden suponerse degeneración última las chuchas y basinas de la antigua Numidia que, conservando aspecto exterior de talayotes, redúcense por dentro á una simple fosa hecha con grandes piedras, y quizá no se les diferenciaban otros monumentos valencianos, en Castellet y Ayelo, mal conocidos por desgracia (1).

Al entronizarse en España el tipo miceniano de sepulcros, con el del Romeral y muchos otros que se reseñarán luego, prodújose una retroversión denunciadora de influencias orientales inmediatas, suprimiéndose el revestimiento exterior de sillería que da su aspecto de torres á las nuragas, talayotes y chuchas, para

(1) Vilanova: *Origen y antig. del hombre*, p. 410. Contenían esqueletos de hombres y animales, hachas neolíticas, otras muchas de cobre, cerámica y una loseta de pizarra horadada.

Evolución de los tipos sepulcrales antequeranos.—I.



1. Abydos (Egipto).—2. Hipogeo de Taia (Id.).—3. Belevi (Lidia).—4. Tesoro de Atreo (Micenas: Argólide).—5. Eleusis (Ática).—6. Assarlic (Caria). 7. Nuraga de Zuri (Cerdeña).—8. Talayot de Sa Águila (Mallorca).

restablecer el túmulo asiático, si bien con plataforma, lo que parece aproximarles de nuevo á dichos otros monumentos, dando cuerpo á la sospecha de si en efecto ella serviría para exponer los cadáveres á los buitres, según conocido rito ibérico (1), y así se explicaría el descarnamiento de los esqueletos, muchas veces imaginado en presencia de tumbas neolíticas.

Respecto de su interior, los sepulcros españoles de que hablamos poca variación introdujeron: galería breve ó larga, piedra más ó menos grande cerrando la cúpula y á veces apoyada en una columna, supresión de las criptas secundarias, y nada más. Ahora bien, tocante al aparejo sí descubren tendencia progresiva á modificarle, pues su tosquedad desagradaría, y aun quizá la presión de la tierra del túmulo acarrease bufamientos y destrucciones en los muros. Para remedio unas veces les enchaparon con losas de pizarra; otras sustituyeron la mampostería, en más ó menos altura, por piedras enhiestas, primero en el corredor haciendo juego con las cobijas, y luego en la cámara, que no obstante aun conservó repetidas veces su cúpula. Mas estas vacilaciones duraron poco: la solidez y facilidades que tal reforma producía decidió el absoluto abandono del aparejo menudo, implantándose el megalitismo sin esfuerzo, y así resultó el dolmen de planta poligonal y galería, cuyas diferencias respecto del modelo primitivo son estrictamente las que el cambio de aparejo reclamaba. Su propagación fué en los terrenos graníticos y pizarrosos, donde era fácil obtener grandes losas llanas, tenaces y de poco grosor; pues en suelos de caliza blanda y de arenisca optóse por excavar grutas, imitando los susodichos edificios (2), y á veces completadas con obras de fábrica.

---

(1) Silio: *Punica*, III y XIII, de quien lo aprenderían Eliano y Estobeo, según sus textos copiados por el Sr. Fernández y González (*Primeros pobladores históricos de la península Ibérica*, p. 371). El asimilar las nuragas y talayotes á las torres fúnebres de los parsis modernos ha sido propuesto por Fergusson y por el Sr. Saavedra. Otro obscuro texto de Diodoro (V, XXVIII), sobre la costumbre funeraria de los baleares no lo contradice.

(2) Véanse sobre ellas la citada obra de Cartailhac y la de Leite de Vasconcellos: *Religiões da Lusitania*; I. Se habla de otras existentes en el Algarbe y en Cabra.

Todo este proceso, lejos de ir á cargo de la fantasía, emana de la simple observación y cotejo de obras, y es un hecho admitido por otros, con la diferencia de que los prejuicios arriba expuestos han llevado á tomarle á la inversa, partiendo de la gruta para derivar en último término la cúpula miceniana. Si ello es razonable bien estará que lo demuestren.

En Antequera el problema desarrolla una magnitud de términos extraordinaria, que exige particular examen, y garantiza una solución la más comprensiva y justificada. Efectivamente, basta considerar el tamaño de materiales en las cuevas del Romeral y de Menga para hacerse cargo de la excepcional pujanza que alcanzó en esta localidad la arquitectura, pues ni el resto de España ni los ponderados megalitos franceses creo que sean capaces de ostentar serie tan gigantesca de piedras puestas en obra; como que la mayor del Romeral calculo pesará unas 75 toneladas, y en Menga llega al límite nuestro asombro al ver otra de 68 metros cúbicos, cuyo peso no bajará de 170 toneladas. La extracción, arrastre y subida de tales piezas exigían recursos muy superiores á la fuerza bruta y un sistema de mecánica desarrollado, que es difícil idearan aquí, por mucho que se avispase el ingenio de los andaluces, cuando ni absoluta necesidad ni un uso constante podrían sugerírselos, supuesto que, en caso de haber aplicado el megalitismo de ordinario y con tal pujanza en sus demás edificios, no hubiesen ellos fenecido por completo.

Estos obstáculos, unidos á la teoría de las derivaciones artísticas, convidan á buscar para el megalitismo andaluz un vehículo nuevo, satisfaciendo al propósito los fenicios, cuyas relaciones comerciales por acá eran antiquísimas, pues ellos, por su aprendizaje con los egipcios, se adiestraron en el empleo de materiales corpulentos, hasta ser nota original de su arquitectura la afición al monolitismo, y estaban por consecuencia en aptitud de transmitir los procedimientos mecánicos orientales, que relieves egipcios y asirios nos dan á conocer.

Tocante á la prioridad de la cueva del Romeral sobre las otras, acredítase además por varias razones de estructura. Así no se explica usasen, para fabricar la primera, de rocas duras, re-

beldes y traídas ciertamente de muy lejos, sino antes de conocer la cantera del cerro de la Cruz, de donde se obtuvo para las otras una piedra dócil al trabajo, de agrable color y breve transporte. Al empleo de materiales en bruto que en aquélla se hizo, sin atenuación alguna de su rusticidad, es natural siguiese el intento de labrarles, á pesar de la fatiga enorme que costaría el servirse de instrumentos de piedra, no suplantados en definitiva sino por el hierro, cuyo descubrimiento sobrevino tarde para muchos pueblos, como el fenicio y el griego, que no le usó hasta el fin de su período miceniano. La inclinación de las paredes en la cueva de Menga, como por lo común en las antas (1), apenas resultaría justificable sino recordando los saledizos del Romeral, y pueden ser también un resabio del sistema aparejado los contramuros de liviana mampostería, igualmente vistos en el tesoro de Orcómene y túmulos de Sardes (2). La planta redonda en las cámaras abovedadas, que obedece al sistema de cubiertas, parece lógico se desechase por la rectilínea en adoptando cobijas, según vemos efectivamente en la cueva de Viera; pero la de Menga no rompió de lleno con la tradición, sino que, acercándose á una forma ovoídea, mantuvo apariencias de redondez, juntamente con un desarrollo de proporciones en el grado máximo que la longitud de cobijas consintiera sin necesidad de otros apoyos, pues sus tres pilares torcidos y desiguales (3), muestran á las claras que se metieron después, á consecuencia de haberse roto una de las cobijas, y recelando que su misma pesadumbre las hendiese.

Ofrecen ejemplos análogos las grutas de Mallorca, remedo verosímil de edificios aparejados, algunos talayotes (fig. 30) y las navetas de Menorca (fig. 31), especialmente la de Son Mercé, que con sus pilares acrecienta la semejanza, si bien ellos entra-

---

(1) Es la denominación vulgar portuguesa de los dólmenes, que merece prevalecer, á lo menos entre nosotros, y debió estar generalizada en lo antiguo, porque constituye designación geográfica en lugares de Galicia, León y Andalucía.

(2) Choisy: *Revue archéologique*, t. XXXII.

(3) Nótese que el de en medio y más regular está labrado en superficies convexas, lo que prueba una estética diferente de la nuestra.

ron desde luego en la concepción del monumento por ir á tramos y entestando encima las cobijas (fig. 32); también les son afines en Cerdeña las «sepulturas de gigantes», á veces hechas con losas verticales, á uso megalítico (fig. 29). En consecuencia, parece verosímil que la cueva de Menga precediese á la de Viera y á las antas de base cuadrangular, tan solo reconocidas en la comarca granadina, representando una segunda fase del megalitismo, á la que corresponderán las galerías cubiertas y dólmenes franceses, entre otras derivaciones septentrionales.

Por extraña selección, Antequera no ofrece sino los modelos extremos de esta arquitectura singular. Quizá otros intermedios ocultan los tres ó cuatro túmulos aún sin reconocer dispersos en aquella vega; mas aunque así no fuese, les suplen otras necrópolis con ejemplares de carácter transicional, según cuadra al período de tanteos y vacilaciones.

Veamos, pues, el desarrollo que en nuestro país obtuvieron los tipos antequeranos, estudio no hecho en su totalidad hasta ahora. Primeramente el del Romeral se repite con gran insistencia como forma corriente de sepulcros en cierta época, desde Almería al Algarbe y hasta la desembocadura del Tajo. Forman grupos en Andalucía: los sepulcros de aparejo menudo, bajo túmulo y compuestos de cámara redonda y galería, que suelen hallarse en los Alcores sevillanos y en la sierra de Constantina, según me informa el Sr. Bonsor, quien abrió dos de ellos muy importantes cerca de Gandul y se propone reconocer más en este año. Otros de corto desarrollo en Canillas del Serrano (Guillena), de los que solo uno fué explorado, con cámara de pequeño aparejo probablemente, y corredor megalítico de base trapecial, en longitud de 7,15 m., hallándose dentro esqueletos humanos y pedernales (1). La famosa cueva de la Pastora en Castilleja de Guzmán, sobre el Ajarafe, toda con idéntica estructura y aparejo que la del Romeral, pero mezquinísima, no obstante alcanzar á 28 m. su corredor, provisto de dos puertas

(1) Noticia algo completa de ellos da solamente el Sr. Cascales: *Boletín de la Sociedad española de Excursiones*, III, 149.

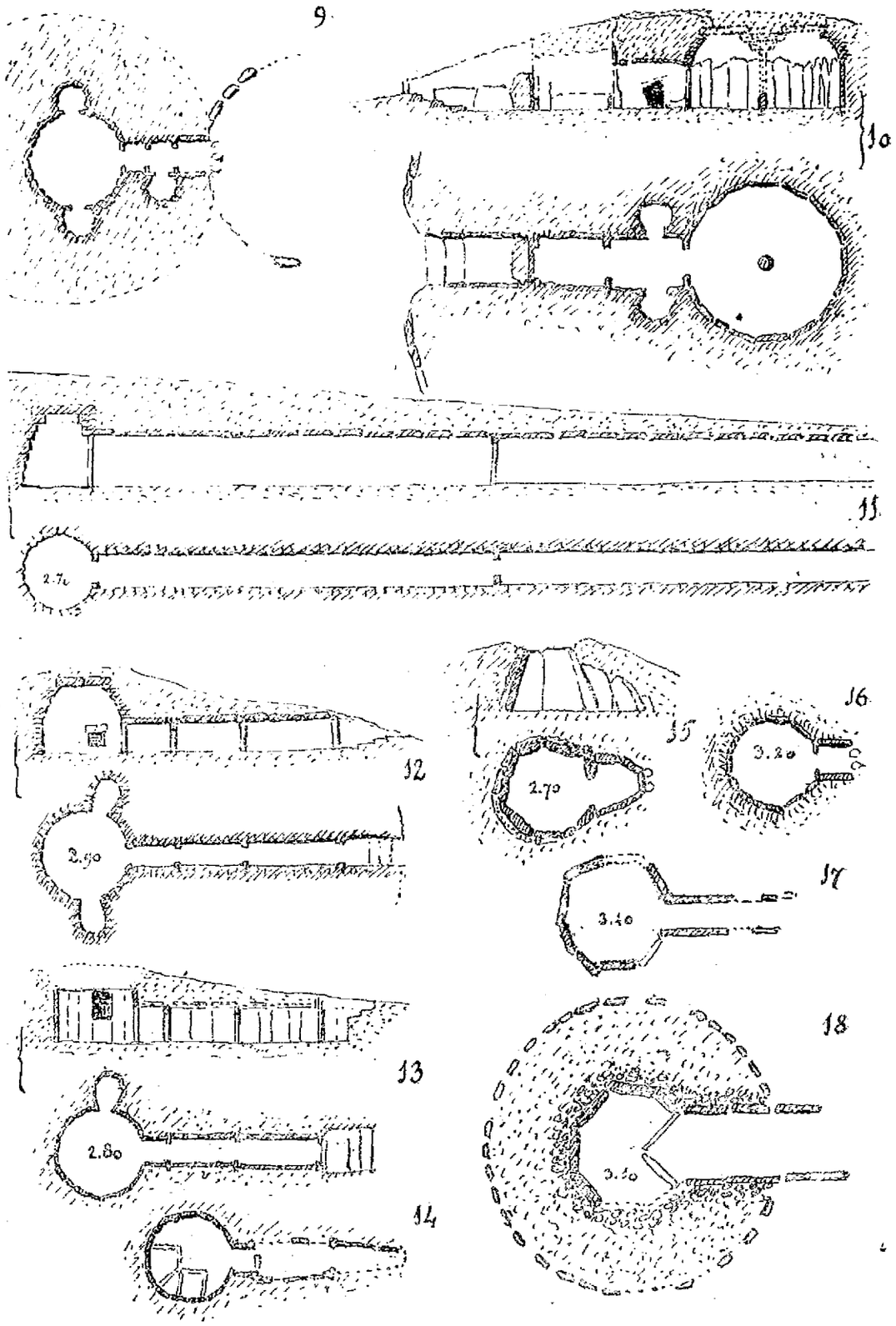
trilíticas (fig. 11) (1); y por fin la citada necrópoli de los Millares, cerca de Gádor y junto al río de Andarax, compuesta de un centenar de túmulos, que exploró D. Luís Siret con la escrupulosidad, tino y buen arte que le caracterizan (2).

Los más de ellos obedecen al tipo susodicho, con poca variedad (figs. 9, 10 y 16): cámara de 3 á 5 y alguna vez 6 m. de diámetro, en la que suelen abrirse nichos laterales redondeados, y asimismo en la galería, breve siempre, con un vestíbulo descubierto y puertas subdividiéndola; un montecillo á plataforma, cuya base ciñe una hilera de piedras hincadas, conformándose por modo bárbaro con el zócalo usual en los túmulos del Asia Menor y Etruria, y un semicírculo ante su ingreso, delineado por otra fila de piedras, que tiene repetición exacta en las «sepulturas de gigantes» sardas. El aparejo es de mampostería menuda; pero suelen revestir lo bajo de los muros, como en los templos de Malta, lajas de pizarra enlucidas con escayola, sobre la que destacaban relieves y pinturas rojas decorando la cámara. Su cubierta era de saledizo y cobijas, apoyadas con frecuencia en una columna de piedra ó madera que surgía en el centro, y la del corredor variaba, siendo de cobijas ó como bóveda, ya en saledizo, ya compuesta de verdaderas dovelas, formas ambas que nos aproximan al Oriente un grado más que lo del Romeral. Compónense unas veces las puertas de tres piedras, pero otras son un taladro redondeado abierto en una laja, algo así como en el sepulcro de Zafarraya y cueva de Viera, y por último, forman pavimento losas cimentadas con escayola. Ciertos recintos establecidos ante los sepulcros contenían alineaciones de muy pequeños obeliscos, variados en su forma, pero asimilables á los que en Oriente solían rematar los túmulos, por ejemplo el de Alyates, en Sardes, los etruscos y también algún talayot. Recuérdese, al propósito, el dicho de Aristóteles (3) sobre la costumbre ibera de fijar alrededor de la sepultura tantos obe-

---

(1) Candau: *Prehistoria de la prov. de Sevilla*, 33.
(2) *L'Espagne préhistorique.*
(3) *Política*, VII.

Evolución de los tipos sepulcrales antequeranos.—II.



9 y 10. Los Millares (Almería).—11. Castilleja de Guzmán (Sevilla).—12 y 13. Alcalar (Algarbe).—14. Marcella (Id.).—15. Alcalar.—16. Los Millares.—17. Lumbrales (Salamanca).—18. Figueira da Foz (Beira).

liscos cuantos fueron los enemigos muertos por el que en ella yacía, y compárense con las alineaciones y círculos de menhires usados en otros países.

No faltaban en la susodicha necrópoli monumentos propiamente megalíticos, en los que la mampostería desaparece, y las lajas, en vez de constituir zócalo ó revestimiento, adquieren absoluto desarrollo. El Sr. Siret me ha dado noticia de uno especialmente (núm. 63), con departamento accesorio, y cuyo contenido no acusaba distinción de época, consistiendo en instrumentos de pedernal y hueso, vasijas y una azuela de fibrolita horadada como amuleto. De otro sepulcro ha publicado la planta, que se recomienda por su semejanza con la cueva de Menga (fig. 33); pero según los escombros, su hundida cubierta no era de losas llanas, sino bóveda; dentro aparecieron huesos de unos veinte individuos, muchas vasijas, instrumentos de pedernal, cobre y marfil, rudísimos ídolos y cuentas de varias substancias, entre ellas barro esmaltado y azabache.

Las muchísimas antas registradas por el mismo explorador y por Góngora, en Fonelas, Gor, Laborcillas y Montefrío, son de escaso desarrollo, cuadrangulares, menos algunas de Fonelas que son redondas, y con galería y túmulo. Respecto de su contenido, en unas no permite clasificarse en período distinto que la necrópoli de los Millares; pero en otras, como las de Laborcillas (Guadix), no hay ya nada de piedra, sino cobre, bronce, plata y cerámica, siendo indudablemente posteriores, con lo que se comprueba mi teoría, según dicho señor ha tenido la bondad de comunicarme. El monumento de Zafarraya hubo de ser importante, y más aún el de Dílar, si en verdad medía 9 m.; estaba hecho con sillares de caliza conchífera bien labrados y una fila de piedras demarcaba su túmulo (1).

En Portugal es admirable hallarnos con otra necrópoli tan gemela de la de los Millares, que casi podríamos excusar descripciones. Me refiero á la de Alcalar en el Algarbe, donde Estacio

(1) Góngora: Obra citada; pero desconfiese de la pintura de Rico allí reproducida.

de Veiga (1) exploró, bajo de sus correspondientes túmulos, siete hipogeos no grandes, con sendos nichos abiertos en tres de las cámaras, y galerías que por su desarrollo se acercan más á las andaluzas, precedidas de vestíbulo y con puertas trilíticas, de forma trapecial como en Castilleja, compartiéndolas. Su aparejo es de mampostería en saledizo y cobijas (fig. 12), ó bien con el corredor megalítico, y dos hay que erigen por todo su contorno lajas á plomo, de alto á bajo (fig. 13). Otro es como verdadera anta, con piedras toscas en ruedo fuertemente inclinadas hacia adentro (fig. 15); mas aunque le faltaba su cubierta, un sepulcro igual visto depués ostenta cúpula semiesférica hecha con lajas de pizarra y arcilla (2).

Cerca de Cintra, en el valle de S. Martinho, hubo sepulcros idénticos, pudiendo verse en 1896 restos de cámaras, con diámetro de 4,20 m., formadas por saledizos de mampostería (3); otro, que llaman del Monje, existe en la sierra de Cintra, cuya cúpula se cierra con gruesos é informes pedruscos (4), y se les acercan los de Folha das Barradas (Cintra), Aljezur y Torre dos Frades (Algarbe), que solo conservan su parte baja hecha por excavación (5), si bien es verosímil tuviesen revestimiento postizo ó á lo menos bóveda de cantería, como un sepulcro descubierto recientemente en la Torre (Portimão), cerca de Alcalar (6). Los de Marcella (fig. 14) y Arrife, también en el Algarbe, presentan forrados con lajas de pizarra sus muros (7), y no faltan allí mismo, en la Nora (fig. 34), Campina y Sêrro do Castello, ejemplares megalíticos del tipo de Menga con cámara rectilínea (8). Por el contrario, sepulturas constituídas por un simple redondel de mampostería ó lajas, como simplificación del primi-

(1) *Antiguidades monumentaes do Algarve*, III.—Leite de Vasconcellos: *Religiões da Lusitania*, I.
(2) *O archeologo portugûes*, VII, 99.
(3) Idem íd., II, 210.
(4) Ribeiro: *Monumentos megalíticos das visinhanças de Bellas*, 74.
(5) Leite: Obra cit., I, 239 y sigs.
(6) *O arch. port.*, IX, 173.
(7) Veiga: Obra cit., I, 257 y 286.
(8) Leite: Obra cit.

tivo tipo, fueron vistas en Castilleja (Sevilla), encerrando hachas de piedra y cobre (1), Alcaria do Pocinho (Algarbe) y tierra de Braga.

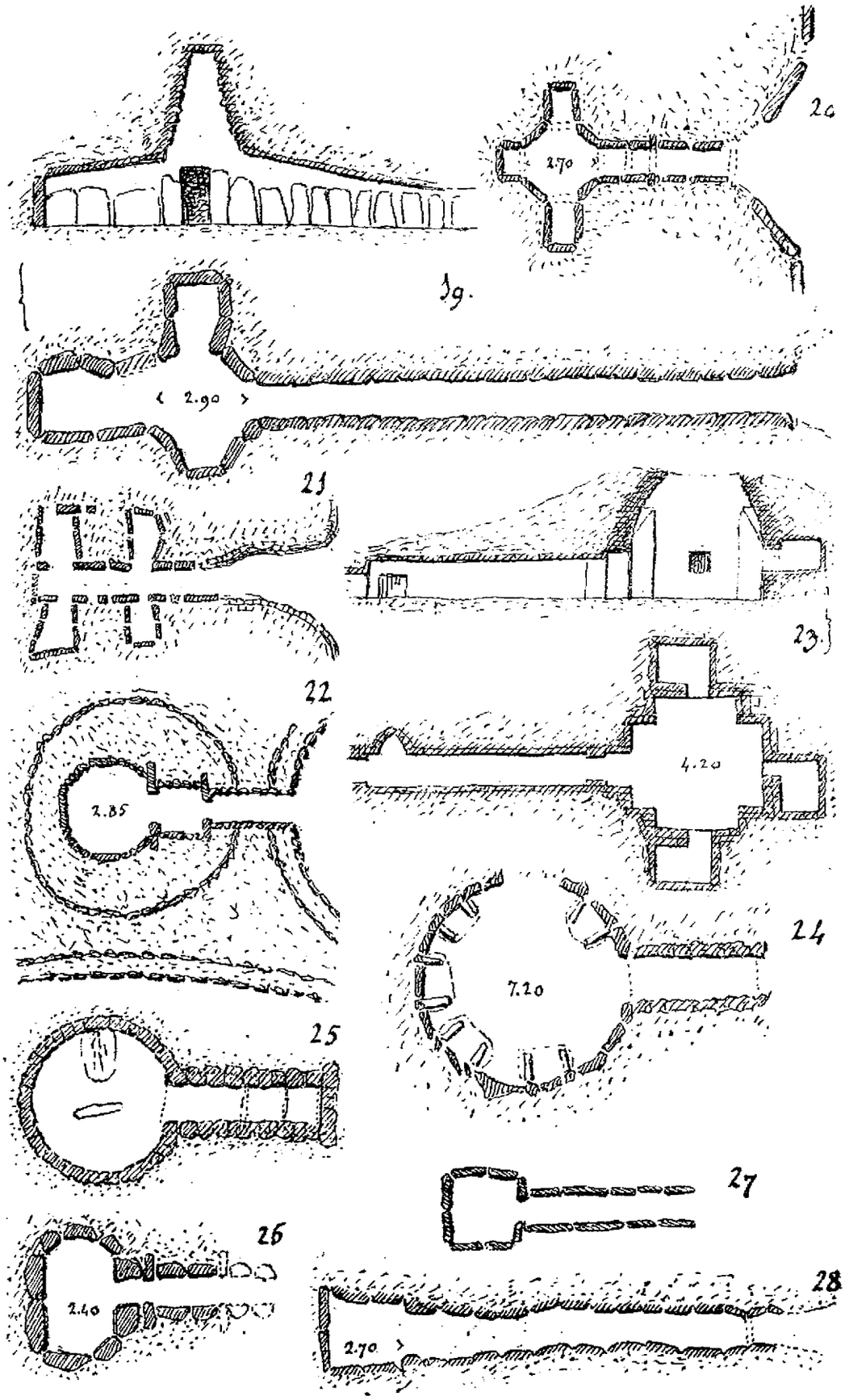
En nuestra Extremadura parece referirse á otra necrópoli semejante la noticia dada por el Sr. Roso de existir hipogeos con cámara abovedada redonda, hecha con grandes piedras en seco, y estrechísima galería, ocultos en las barrancas que el río Búrdalo forma sobre su margen izquierda, poco antes de desembocar en el Guadiana, al NE. de Mérida y en término de Miajadas (2).

Bajo aspecto más grandioso y francamente megalítico, desarrollan el mismo invariable modelo las antas portuguesas. Su cámara es poligonal con tendencia al círculo, compuesta de grandes losas, por lo común toscas é hincadas con inclinación hacia adentro para recibir en firme la que horizontalmente cubre; un corredor más bajo le precede; otras losas ó cantos afirman su respaldo; todo ello se cobija bajo un montecillo artificial, y una orla de piedras le ciñe á veces (figs. 17 y 18). Agrúpanse en gran número en la región montañosa del Alemtejo, alrededor de Évora y hasta el Guadiana, cruzándolo con dirección á nuestros grupos extremeños de Zafra, Usagre y Azuaga; otro foco mantiene la sierra de Cintra, y luego ocupan vastísimo territorio por la Beira y Tras-os-montes hasta el Miño, corriéndose Duero arriba hacia Vitigudino, Ciudad Rodrigo y Sayago. En las vertientes cantábricas reaparecen con menos densidad, ya en la ría de Arosa, ya en Asturias, ya en Álava y Bajos Pirineos, donde cesan, quedando yermas de tales obras los distritos de las Landas y Gascuña, en prueba de que no hay por allí ligazón con los megalitos franceses detenidos á la otra parte del Garona.

Los objetos procedentes de los sepulcros referidos en Portugal no son de especie diversa que los andaluces, sino antes al contrario, se asimilan á lo de los Millares, y consisten en cerámica con adornos rectilíneos incisos, piedras muy bien labradas,

(1) Candau: Obra cit., 44.—Cañal: *Sevilla prehistórica*, 144.
(2) Bol. de la Acad. de la Historia, xlv, 509.

Evolución de los tipos sepulcrales antequeranos.—III.



19. New-Grange (Irlanda).—20. Lough-Crew (Id.).—21. Park-Cwn (Inglaterra).—22. Caithness (Escocia).—23. Maes-Howe (Órcades).—24. Isla de Jersey.—25. Ivias (Bretaña francesa).—26. Uby (Zelanda: Dinamarca).—27. Kercado (Bretaña).—28. Isla de Gavrinis (Id.).

instrumentos neolíticos y de cobre, marfiles, cuentas hechas con materiales exóticos y alhajas de oro. Se observa que las antas escasean mucho en piezas de metal, lo que se aviene con la miseria bien explicable de sus constructores, pues así como los otros sepulcros aparejados radican en lugares apacibles y fértiles, así las antas en los montuosos, donde siempre hubo de ser precaria la vida.

Hora es ya de salir buscando otros países donde los antecesores remotísimos de Magallanes y Hernán Cortés pudieron haber implantado las cosas de España; y en efecto, bastan las observaciones de Bertrand y Fergusson, por ejemplo, y mejor aún los planos que ellos mismos formaron, para convencerse de que la expansión de los megalitos y del neolitismo, cuyo reflejo más poderoso constituyen, partió del Atlántico en dirección de S. á N. para las Británicas, y metiéndose por entre sus dos grandes islas hasta las Órcades; así como en Francia se desarrollaron de NO. á SE., y en Alemania entraron desde Holanda, llegando á Suecia por la región oriental de Dinamarca, siempre cerca de las costas y vías fluviales, en prueba de ser marítimo su vehículo de propagación. Observado esto, forzosamente debió reconocerse á España como lugar de procedencia, si hubiésemos hecho conocer á tiempo nuestros ricos megalitos, y si las grandes potencias interesadas se dignasen concedernos, allá en lo remoto, una supremacía que nuestra humillación de hoy mal defiende.

Tocante á Irlanda, la Ivernia de los antiguos, la historia y la tradición acogían recuerdos de comunicaciones vetustas con nuestra Iberia, que hoy la arqueología ratifica señalando allí ejemplares del susodicho tipo miceniano. Tales son los grandes túmulos con plataforma de su costa oriental, cerca del río Boyne, que encierran edificios con largo corredor, cámara redonda y dos ó tres prolongaciones abocando á ella en forma de cruz, cuya estructura es de piedras hincadas sin recortar y desiguales por arriba, defecto que se corrigió superponiendo lajas á hiladas, como en Alcalar, hasta el enrase para las cobijas, excepto en la cámara, donde prosigue la misma obra en saledizo, constituyendo una

especie de cúpula cónica, de apenas dos metros de diámetro, que se cierra con otra losa (figs. 19 y 20) (1).

Tal moda de sepulcros pasó á la costa frontera de Inglaterra sin gran variación, salvo la cúpula (fig. 21) (2); también á Escocia, donde hallamos un grupo de túmulos en Clava (3) encerrando pequeña cámara redonda y corredor, y ciñéndoles piedras hincadas, como en los de Irlanda y otros andaluces y portugueses. Las Hébridas contienen en su isla de Lewis uno semejante, pero con cámara y cripta cuadradas (4), y en las Órcades se ha hecho famoso el de Maes-Owe (5), cuya cámara cruciforme y tres criptas fueron hechas cuidadosamente á hiladas horizontales y con bóveda en saledizo (fig. 23). La isla de Jersey les tiene con cámara redonda y corredor bajo túmulo; mas aquélla, por su extraordinario diámetro, es de suponer que no se cubriría con piedras (fig. 24), y por último, al suelo francés llegaron chispazos del mismo arte con el túmulo de Fontenay-le-Marmion (Normandía) (6), lleno de cámaras redondas con su corredor, aisladas unas de otras, y el de Yvias (Bretaña) (7), más importante (fig. 25); ambos en el litoral del N., como obedeciendo á influjos exteriores por allí venidos.

Asimismo no faltan en Irlanda ejemplares del tipo de Menga, ya junto á los túmulos susodichos, ya en el golfo de Donegal, y alguno de ellos con muros de cantería menuda (figs. 38 y 35) (8). Inglaterra los conserva en el país de los Siluros, hacia Cornualles, que es donde más abundan, Gales é islas de Anglesey y de Man. Pero sobre todo campean, asociados al tipo de Viera y con imponente grandiosidad, en la Bretaña francesa hasta el Loira (figs. 36 y 39), por donde acaso penetrara el arte de los megali-

---

(1) Fergusson: Obra cit., 213 y sigs. de la trad. francesa.
(2) Idem íd., 175 y sigs.
(3) Idem íd., p. 279. Compárense con los extraños túmulos de Caithness descritos en la edición inglesa de la misma obra (fig. 22).
(4) Idem íd., p. 273.
(5) Idem íd., p. 258 y sigs.
(6) Gailhabaud: *Archit. anc. et mod.*, II.
(7) *Revue archéologique*, XXXVIII, 465.
(8) Fergusson: Ob. cit., 238 y siguientes.

tos andaluces. Hay allí monumentos, como la gruta de las Hadas cerca de Saumur, tan parecidos á la cueva de Menga que no sin temeridad podría negarse una relación directa (fig. 37), y en igual forma repiten el modelo de Viera otros en Locmariaker, isla de Gavrinis (fig. 28) (1), Kercado (fig. 27) (2), etc., resultando desde luego con evidencia por su distribución en el suelo francés, que los edificadores avanzaban desde la costa cantábrica hacia oriente y sur. El menhir ó hito, inusitado en la región española y que será degeneración bárbara del obelisco, parece haber obtenido su incremento gigantesco en Bretaña; descendió con la cámara megalítica, muy atenuada en tamaño y de base cuadrangular, hacia el Mediterráneo, rebasó los Pirineos orientales por el Ampurdán, y llegando hasta Navarra y Teruel (Mirambel y Peñaroya) con escasa vitalidad, allí se extingue.

Influjos verosímiles andaluces, aunque menos directos en razón de su alejamiento, revela también el grupo germano-escandinavo de megalitos, correspondiente á una edad exclusivamente pétrea, según dicen (3), propagado por mar y comenzando al otro lado del Rhin, desde cuyas cercanías pululan cámaras sepulcrales en rectángulo y con su corredor al través (fig. 26), que van á menos conforme se marcha hacia Prusia, y desde Jutlandia y Seelandia ganan las costas suecas, en donde el menhir adquiere caprichoso desarrollo, como elemento de polígonos y círculos, que luego los escandinavos trasplantarían á Inglaterra, deparando una fase nueva de arte megalítico. Respecto de lo argelino, estímanse de origen francés tardío y muy degenerado sus túmulos, que recuerdan especialmente los de Auvernia, dólmenes compuestos de tres ó cuatro piedras no grandes, y ruedos de menhires ciñéndoles, como en Cataluña.

No parece trascender más allá nuestra arquitectura megalítica; pero desde que se arrinconó la teoría céltica, y la prehisto-

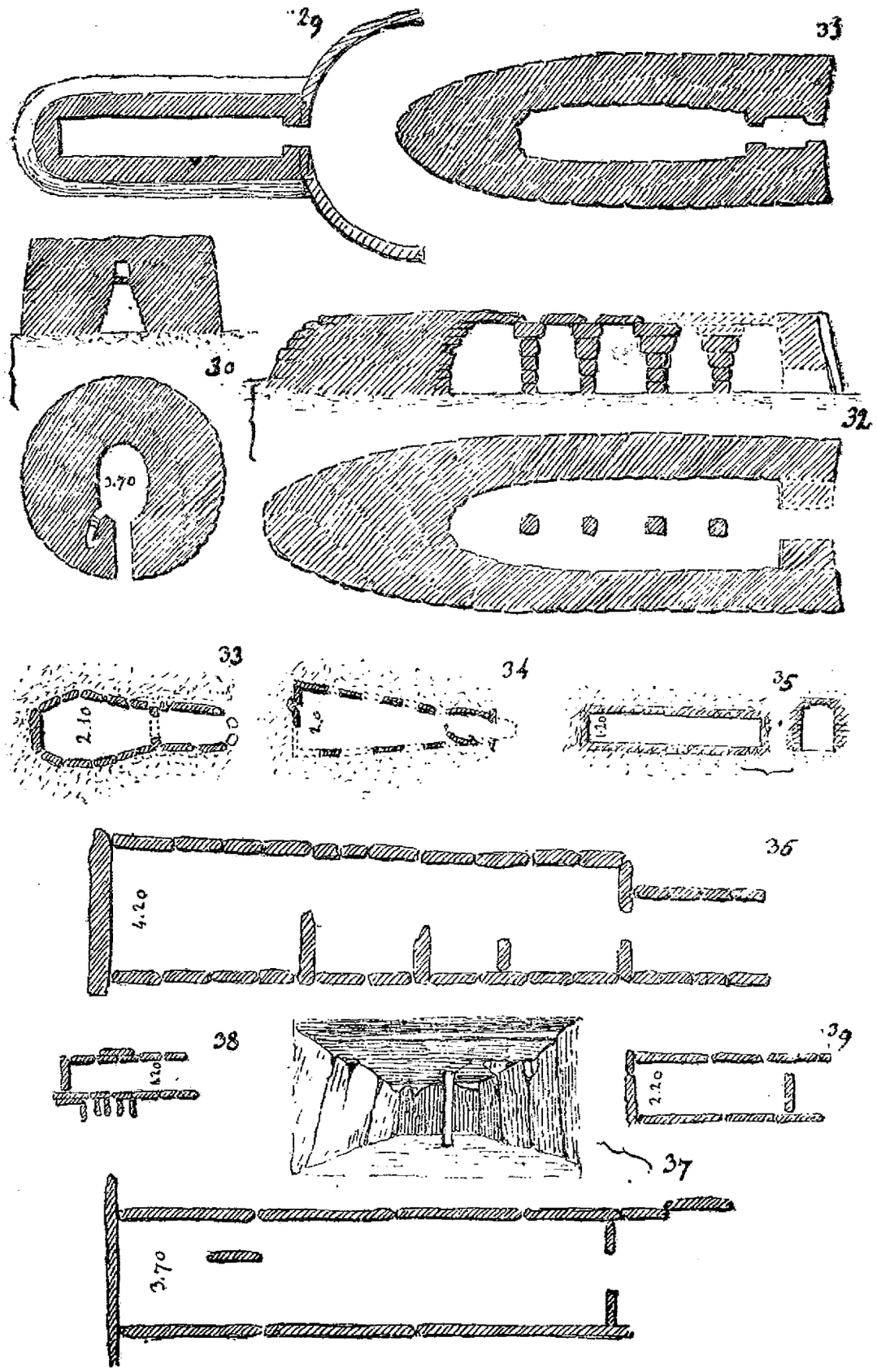
---

(1) Idem íd. y Gailhabaud.

(2) Bertrand: Ob. cit., 190.

(3) Sin embargo, debe creerse que este exclusivismo en los sepulcros obedece tan solo á prescripción ritual, porque sus instrumentos son de los que más á las claras revelan imitación de tipos metálicos

Evolución de los tipos sepulcrales antequeranos.—IV.



29. Sepultura de gigantes (Cerdeña).—30. Talayot de Ciudadela (Menorca). 31. Naveta de Torre-nova (Id.).—32. Id. de Son Mercé (Id.).—33. Los Millares (Almería).—34. La Nora (Algarbe).—35. Greenmouth (Irlanda). 36. Esse (Bretaña: Francia).—37. Bagneux (Saumur: Francia).—38. Monasterboice (Irlanda).—39. Mettray (Tours: Francia).

ria depuso en favor de un misterio inasequible tocante á sus orígenes, parece haberse hecho gala de complicar el problema generalizándolo en demasía, sin otra razón común que el uso de piedras enhiestas y en bruto, de suerte que su enlace inmediato con lo occidental es por todos conceptos ilusorio á más de ocioso. En efecto, Trípoli, Nubia, Palestina y Arabia, no ofrecen sino trilitos; Crimea y el Cáucaso, túmulos con pequeña cripta ó bien ella al descubierto, imponiéndose lo histórico del Asia Menor como su modelo; Rusia, otros túmulos sobre círculos de piedras; Persia, más círculos y menhires; y por último, la India, enorme serie de ejemplares, con provenencia incuestionable de los tipos clásicos allí mismo desarrollados; pero jamás, en cuanto se me alcanza, un edificio que implique relación con los de Antequera.

En lo referente á otra clase de datos, cual es la estirpe de los antiguos nombres geográficos y personales en las regiones aludidas, tiénese por arriesgadísimo definir algo mientras dure nuestra ignorancia respecto de la etnografía y lingüística de los españoles primitivos, y las ingerencias extrañas no bien descartadas ni aun reconocidas al presente; sin embargo, materiales y algunas concordancias felices pueden registrarse en las obras de Humboldt, Hübner, Fernández y González y otros. Solo apuntaré, respecto de la comarca granadina, que su antigua nomenclatura geográfica previene concordancias helénicas y celticas, no despreciables acaso, como la propia Antikaria, Nescania, Ulisia, Singilis flumen, Ébura, Segida, Arialdunum, Sábora, Bergi, Alpesa, Arunda, Silurus mons, etc., y aun el que se reputa de más caracterizado iberismo, Iliberri, Ἐλιβύργη quizá en su forma primitiva (1), trae recuerdos bastante expresivos con la esfinge y triscela (2) de sus monedas, para suponer á sus habitantes de es-

---

(1) Hecateo, en Estéfano. La corrección propuesta por Müller, de sustituir la β por θ ó δ para concertarlo con Iliturgi desmerece, porque las formas arcaicas de este nombre son Ἰλουργεία é Iloiturgi.

(2) Este símbolo de las tres piernas unidas, figura en monedas griegas del Asia Menor, islas del Egeo y Sicilia; además, ocupando su centro una cabeza como en Iliberri, le traen un denario de Mácer con la leyenda

tirpe egea. En Ilurco un individuo se llamaba Urcestar, hijo de Tascasecer (1), nombres insólitos ambos, aunque de raíz común el primero á otros españoles, y cuya analogía con la voz griega δυχηστήρ será casualidad; tocante al de los anticarienses Sisanna y Catnecus (2), el uno era usual en la Bética, concordando con el Sisenna etrusco (3), y el otro, acaso celta, se asemeja al del dios Cantuneco de Ciudad Rodrigo.

Indaguemos ahora el nombre de nación que estos españoles, cuyos vestigios acabamos de investigar, llevaron, pues no creo difícil rastrearlo entre designaciones locales de tribu que desorientan. En efecto, hubo un pueblo famoso entre los de España, que aun los griegos miraron con afecto, y del que se ponderaban los amenos y feraces campos, su nobleza y magnanimidad, opulencia y sabiduría, lo vetusto de su literatura con gramática, historias, poemas y leyes en verso, cuya edad reputaban de miles de años..... Me refiero á los Tartesios de la geografía griega y Túrdulos de la latina, por quienes la Andalucía baja, donde principalmente florecieron, se llamó Tartéside y Turdetania; mas no fué aquí solo su residencia, sino que consta por muy viejos testimonios haber ocupado la comarca granadina con lo más de las costas y otros grandes territorios occidentales (4).

Hacia el Mediterráneo hay indicios de que fueron arrojados por los aborígenes hasta más abajo del Segura, en algún tiempo su límite oriental, desde donde suenan con varios nombres regionales apellidados: Así, á los Tartesios Mastienos, luego llamados Bastitanos y Bástulos, correspondía la estrecha costa desde

---

«Sicilia», un mármol numídico que al propósito adujo Delgado (*Nuevo método de clasificación*, etc., II, 90), y un altar de Malta dedicado á Prosérpina, que se dibujó en el *Panorama universal.*

(1) *Corpus inscr. lat.*, II, núm. 2067.

(2) C. I. L., II, núm. 2051.

(3) Hübner: *Monumenta linguae ibericae;* p. CXXXVII. Admira que este pasaje deje reducido á tan poco el cotejo de nombres ibéricos y etruscos, cuando en verdad es fuente de analogías copiosa.

(4) Consúltense como autoridades principales: Herodoro en Dionisio Porfirogeneta, Estéfano, Avieno, Estrabón y Tolomeo.

Cartagena, quizá Mastia ó Massia primitivamente (1), hasta Suel, más allá de Málaga; seguíanles los Calpianos ó Carpesios, con Algeciras, antigua Carpeso ó Carteya; más allá, sobre el Océano, los Elbisinios, Elbestios ó Selbysinos; pasada Cádiz surgió entre las dos antiguas bocas del Guadalquivir la capital famosa Tartesso, y á lo último esparcíanse los renombrados Cynetes ó Cuneos en el Algarbe y costa occidental hasta cerca del Tajo, pero se ignora dónde fué su capital Conistorgis. Más al N., mencionan geógrafos antiquísimos á los Gletes ó Ileates y á los Cempsos, gentes no bien definidas; pero sí constan Túrdulos en la estéril Beturia ó serranía de Badajoz, en Mérida y en toda la Lusitania opulenta, cuyo río Tajo es llamado Tartesiaco, así como Veteres apellidaron á otros Túrdulos ribereños del Duero. En época más moderna, si hemos de creer á Estrabón, fueron algunos desde el Guadiana á colonizar en Galicia, junto al cabo de Finisterre, y otra tribu suya, la de los Bardyetas ó Bárdulos, menciónase tras de los Cántabros, hacia Álava y Guipúzcoa. Siendo así, no parece temerario reducir á Túrdulos aquellos Cempsos que en Portugal y en las faldas del Pirineo habitaban.

Si en un mapa fuésemos indicando las comarcas aludidas y asimismo los vestigios de arte que arriba se agruparon, resultarían tales concordancias, que bien puede fundarse criterio de verosimilitud sobre ellas. Es decir, que si la nación tartesia estaba en aptitud, por su avanzada cultura, de poseer un arte, y si los sepulcros con cúpula y megalitos cunden precisamente donde ella radicaba, la conclusión viene sin esfuerzo atribuyéndoselos. Mas no paran aquí las armonías entre textos y monumentos, sino que, al igual que antes, respecto de los segundos, asociamos con España las naciones septentrionales, ahora Dionisio el geógrafo, Avieno y Prisciano, escribiendo sobre periplos antiquísimos, nos revelan que los Tartesios, aquellos iberos de las costas gaditanas inteligentes en beneficiar el oro, cuya posesión no les corrompía ni

(1) Avieno: *Ora maritima*, v. 452. Para citas bibliográficas respectivas á todos estos nombres, véase el Indice II de los *Monumenta linguae ibericae* por Hübner.

su falta les desalentaba, arrojándose atrevidos al Océano en veloces barcas, lo recorrían con frecuencia, ya para negociar en las islas Oestrímnides ú Occidentales, ricas en estaño y plomo, ya desafiando los hielos del mar del N., para invadir extensas comarcas, hacia donde habitaban los britanos y los germanos feroces de tez blanca (1).

Dichas Oestrímnides sin duda son las islas Casitérides que, no obstante la propensión general en los antiguos á distinguirlas de las Británicas, deben ser éstas mismas, como se infiere de Avieno, siendo culpa de los geógrafos compiladores que, al recibir informes por varios conductos, no acertasen á compaginarlos.

Allí habitaban Tartesios comerciando con los indígenas, en su mayoría nómadas, que trocaban el estaño y plomo de sus minas y pieles de sus ganados por cerámica, bronces y sal (2), y todo esto explica el hallazgo de productos industriales, como los de España, en Irlanda, Cornualles y Francia sobre todo, que advirtieron Cartailhac y Siret. Asimismo afianza la tradición de aquellos Siluros ingleses, que Tácito reconoció como iberos (3); la de los Milesios irlandeses, á que leyendas del siglo IX dan origen español, y la información de Timagenes (4) sobre los habitantes de la Galia, que dice eran en parte indígenas, otros venidos de islas (ó penínsulas) las más remotas, y otros, de allende el Rhin, expulsados de sus mansiones por guerras tenaces y por un desbordamiento del mar. Los primeros acaso fueran ligures, que en edad remota ocupaban desde el mar del N. hasta Marsella; los últimos eran sin duda celtas, que arrollaron á los ligures (5), unos cinco siglos antes de nuestra Era, y los segundos no podían venir sino de España, por mar y antes que los celtas, como creía el mismo Timagenes, haciéndoles griegos (dorios dice), habita-

---

(1) Dionisio: *Periegesis*, v. 281 y 561.—Avieno: *Ora mar.*, v. 113, y *Descr. orbis*, v. 414 y 738.—Prisciano: *Periegesis*, v. 268 y 574.

(2) Avieno: *Ora mar.*, v. 94.—Estrabón, III, v, 11.

(3) *Agricola*, XI. Recuérdese que monte Siluro llamaron á nuestra sierra Nevada (Avieno, v. 433).

(4) En Ammiano Marcelino: *Rerum gestarum*, XV, 9.

(5) Avieno: *Ora mar.*, v. 133.

dores de los confines del Océano y venidos con un Hércules antiquísimo. No se olvide la leyenda consignada por Diodoro, de haber pasado Hércules con su ejército desde Iberia á la Céltica, la que recorrió toda extirpando su barbarie, mito perfectamente acorde con lo susodicho.

Los nombres de Tartesios y Túrdulos bajo que esta nación seductora se nos revela, no son únicos: Polibio alguna vez les llama Thersitas ó Tarseitas (1), y Artemidoro, en Estéfano, Turtos, formas que, ofreciendo una radical más abreviada, pueden reputarse arcáicas. Mediante ellas será gustoso reconocerles, con Maspero, en el Tharsis de la Biblia (2), aquel país remoto que abría su mercado á las naves tirias con muchedumbre de todas riquezas, y de donde llevaban plata en cantidad para envilecer su precio (3); además, en los Tursos de las inscripciones tebanas que, juntos con los otros pueblos de la mar, Sardanos, Lecos, Acaios, Sacalos, etc., acometieron repetidas veces el Egipto bajo los Remésides (4), en los siglos XV á XIV antes de Cristo; aquellos mismos que la tradición helénica nombra Tyrsenos ó Tyrrenos, haciéndoles originarios de Lidia (5), nación indecisa en cuanto á raza, que desarrolló el imperio más antiguo y pujante del Asia Menor, y de donde ellos salieron, echándose al mar como piratas y ejerciendo dominio sobre el Egeo y sus islas; en Grecia se mezclaron con los aborígenes pelasgos, de quienes no suelen distinguirse, y también se fijaron en Italia, constituyendo los Rasenas, Turscos ó Etruscos. Su concordancia con los Tartesios (6) no surge ahora como nueva, pues ya

---

(1) III, 24 y 33. Estéfano y Polibio mismo refieren á España la ciudad de Tarseio, en la costa y no lejos de Mastia.

(2) Maspero: *Hist. ancienne des peuples de l'Orient*, 1904, páginas 368 y 372.—Bochart, citado por Berlanga en *Los bronces de Láscuta*, etc., página 33.

(3) II *Paralip.*, IX, 21. *Psal.* LXXI, 10. *Jerem.*, X, 9. *Jonas*, I, 3. *Ezech.*, XXVII, 12, según el texto hebreo.

(4) Maspero: Ob. cit., 261, 300 y 314.

(5) Idem id., páginas 289 y 297.

(6) Sospecho que éstos, bajo el nombre de Persas, son los citados por el sabio Varrón como segundos pobladores de España, tras de los iberos y antes que los fenicios. Consta por Salustio que una banda de ellos, jun-

varios escritores orientales del siglo III, intérpretes acaso de una tradición, declaran escuetamente que del epónimo Tharsis descendían los iberos ó españoles «que son también los tyrrenos» (1).

La poesía griega, vehículo de historia primitiva informada por un arte exquisito que, abstrayendo las arideces vulgares, sublima la idea noble á fin de que brille y seduzca con más fuerza, no había de olvidar la grandeza de aquellas aventuras ni enmudecer ante la admiración que el próvido suelo andaluz evocara. En efecto, sus dioses y sus héroes, sus mitos más halagüeños alentaron algo en España: aquí sitúa Homero los maravillosos campos Elíseos; aquí reina Saturno vencido por los Titanes; aquí ellos luchan con los dioses; aquí Hesiodo fragua la leyenda de las Gorgonas con la ascendencia del esforzado Gerión, y pinta á Saturno estableciendo en los últimos confines de la tierra é islas que rodean el Océano á los héroes griegos tras la destrucción de Troya; por estas regiones tornan de su imposible viaje los Argonautas; pero, sobre todo, en Hércules columbramos sintetizadas las expediciones marítimas á la Hesperia, la marcha civilizadora de los orientales, el neolitismo conquistador imponiéndose al estado prehistórico. Más aún: la fabulosa Atlántida nos pinta quizá el esplendor del imperio tartesio y expediciones contra el Oriente, así como la *Iliada* habla de unas gentes de la mar procedentes del remoto Alybe, ó sea Calpe (2), donde se cría la plata, y llevadas por Filoctetes á guerrear con los troyanos.

Luego revélasenos otra serie de tradiciones más prosaicas to-

---

tamente con medos y armenios, perdido aquí su jefe, pasaron al África, aposentándose cerca del Estrecho, y que procrearon á los númidas; y en efecto, Mela (III, x) y Plinio (V, VIII), cítanles allí con el nombre de Pharusios, como descendientes de los compañeros de Hércules cuando vino á España, y caídos en la barbarie. Estéfano, sobre Hecateo, asegura que al río Betis ó Tartesso llamaban Perces los naturales; mas quizá deba corregirse Pertes.

(1) Julio Africano, en Eusebio: *Chronographia.—Libellus de divis. et generat. gentium.—Liber generat. ab Adam.—Chronicon paschale.*

(2) Reinach: *Revue celtique*, Abril 1894, citado por Fernández y González.

cando los linderos de la historia. Por una parte, las que se refieren á colonizaciones ibéricas en el Cáucaso, Cerdeña, Córcega y Sicilia, conforme asientan graves autores; y por otra las expediciones de griegos á nuestro país, ya con el cretense Teucro, que funda á Cartagena, y á Helenes y Amphiloquia entre los Calaicos; ya con Ulises, cuyos trofeos navales guardaba una ciudad en las sierras granadinas, llamada Odysia; ya Lacones en Cantabria, fundadores de Opsicela; ya Mesenios; ya Rodios en las Baleares; ya Focenses que, bien acogidos por el rey de Tartesso Argantonio, se establecieron á su ruego en Ampurias, Denia y Almuñécar (Menaca) (1).

Estas colonizaciones, en gran parte fidedignas, coincidirían aproximadamente y hacia el siglo VI antes de Cristo, con el desarrollo de establecimientos fenicios en nuestras costas, desde Adra á Cádiz, resultando de todo ello un nuevo apogeo artístico, bajo la doble influencia griega y fenicia, á que corresponden los descubrimientos del cerro de los Santos y Elche; los de Vera, obtenidos por Siret; los de Osuna, por Engel y Paris; los de Carmona, por Bonsor, y cien localidades más que hacen revivir un ciclo poderoso de cultura, emulando en cierto grado al etrusco.

Nuestros aborígenes, aquellos hombres que la prehistoria y los geógrafos antiguos pintan dispersos en chozas y cuevas, antes que los edificadores de ciudades arribasen, pueden ser los trogloditas ligures (2) de Francia, como arriba se dijo, que también dejaron recuerdo en Italia, y suenan con el mismo nombre y con el de libios en Córcega y Cerdeña (3). Por ellos mereció llamarse Ligústico el mar Mediterráneo hacia nuestros confines (4); para

---

(1) Notorias son las analogías que, respecto de costumbres griegas, observó Estrabón en los montañeses calaicos, astures y cántabros; y que no eran antojos lo prueban ciertos nombres personales y la suástica, símbolo religioso de ellos, como en Hissarlic y otros pueblos griegos y el etrusco. Los arúspices lusitanos de que habla el mismo geógrafo (III, III, 6) refuerzan tales concordancias.

(2) *Ora maritima*, v. 140.

(3) Séneca: *De Consolatione*, VIII.—Pausanias: X, XVII.—Filisto, en Dionisio de Halicarnaso.—Estrabón, V, I, 4.

(4) Estrab., II, V, 19 y 29.

Hesiodo, el padre de la prehistoria (1), eran famosos más que los otros pueblos del occidente europeo; Esquilo (2) deja entender que sus intrépidas huestes acamparon en España; por Eratóstenes (3), consta que en antigua fecha se llamó Ligústica nuestra península; Tucídides refiere cómo arrojaron hacia el mar á los sicanos desde las playas valencianas; Avieno les cita en regiones heladas las más septentrionales y nombra un lago Ligústico al pie del monte Argentario (4), cerca de Castulo, donde nacía el Guadalquivir; Estéfano consigna como de ellos, cerca de los tartesios, la ciudad de Ligustina, y, en fin, Hecateo, Heródoto y Avieno (5) dan noticia de los feroces Elésycos de la Narbonense, como tribu de ligures, permitiendo asociarles á los astutos Aquitanos, retirados en cavernas, según Floro, y á los iberos propiamente dichos, que poblaban desde el Ródano hasta el Ebro (6). Es opinión bastante admisible (7) que los vascos son sus descendientes, calificados también de feroces por los cronistas godos, y, según puede inferirse de los datos preinsertos, se mantendrían largo tiempo en los páramos y fragosidades del centro de España, precisamente donde se echan de menos reliquias tartesias.

Por lo que toca á los celtas, mucho dudo mereciesen categoría de pobladores en nuestra tierra, sino que más bien, como vanguardia de los germanos y escandinavos, su papel se reduciría á invadir la Francia, Italia, España y Grecia, y surcar el Mediterráneo á sueldo de cartagineses y sicilianos, egipcios y griegos (8), concluyendo por ser absorbidos y fundirse con los pueblos un día sojuzgados por ellos. El apogeo de su expansión fué durante los siglos v á III antes de Cristo, y como su extraño as-

---

(1) En Estrabón, VII, III, 7.

(2) Fragmento de su *Prometeo*, en íd., IV, I, 7.

(3) Estrabón, II, I, 40.

(4) *Ora maritima*, v. 195. *Descr. orbis*, v. 504.

(5) *Ora mar.*, v. 584.

(6) Estrabón, III, IV.—*Periplo* de Scylax.—Esquilo, en Plinio; *Hist. nat.*, XXXVII, II.

(7) D'Arbois de Jubainville: *Les premiers habitants de l'Europe*, 2.ª ed.—Schiaparelli: *L' estirpe ibero-ligur nell' occidente é nell' Italia*, citado por Fernández y González.

(8) D'Arbois: *Cours de litt. céltique*, XII.

pecto, corpulencia y fiereza, junto con sus hazañas, habían impresionado vivamente á latinos y griegos, es natural que en ellos cifren las historias toda la atención, olvidando á otras gentes occidentales con quienes no se pusieron en contacto. Su venida á España, como la de los bárbaros, debió rápidamente producir una ocupación militar, á costa de violencias y horrores, que los naturales del país, desunidos siempre, fueron incapaces de contener (1), hasta el punto de que en el siglo IV invadían lo más de la Península (2). Repelidos luego definitivamente de unas comarcas cuando la reacción sobrevino, y amansados al contacto de una civilización superior, quedarían reducidos á una aristocracia guerrera, cuya fiereza é inhumanidad eran notorias (3), y contra la que tal vez chocasen más de recio cartagineses y romanos hasta humillarla. Siendo así, resulta explicable la escasez de vestigios celtas por acá notados, como que en materia de arte apenas influirían sino coartándolo, y, en resolución, su paso quedaría marcado por unas cuantas palabras, nombres geográficos y sobre todo personales, pues la experiencia acredita que ellos se mudan con harta facilidad en obsequio de los dominadores.

Resumiendo: Que habitaban el occidente de Europa en los tiempos primitivos gentes dispersas en chozas y cuevas, de vivir simplicísimo, usando tan solo herramientas de piedra cortada á golpes, hueso y madera, sin que su parquedad de recursos artificiales revele por fuerza abyección, como tampoco al faltar signos de idolatría puede negárseles un culto; y aun acaso fué de pureza ejemplar, según reminiscencias consignadas muchos siglos después por los geógrafos. Tales aborígenes fueron probablemente los llamados ligures y también iberos en nuestros confines, designación ésta que parece geográfica más bien que étnica, y su descendencia la constituirán quizá los modernos vascos, en quienes alientan indicios de raza primitiva.

---

(1) Estrabón, III, IV, 5.
(2) Éforo y Eratóstenes, en Estrabón, IV, IV, 6 y II, IV, 4.
(3) Estrabón, III, II, 15.

Esta población paleolítica, que no hubo de ser muy densa, atendida la relativa escasez de sus vestigios, pudo mantenerse aislada y estacionaria mientras revolvían el Oriente las conquistas de la civilización; pues una sociedad bien inclinada, donde todos satisfacen á su parco vivir con los medios que la naturaleza otorga sin gran esfuerzo, es muy dudoso que sienta impulsos de ambición, y de urbanizarse por consecuencia, mientras el hambre no le haga temer, cobrando recelo á sus vecinos é iniciando la lucha por la vida, fundamento de todo progreso. Así parece verosímil que el tránsito hacia lo neolítico sobreviniese merced á un choque brusco provocado por incursiones procedentes del otro extremo del Mediterráneo, donde el exceso de población acarreaba, unos quince siglos antes de Cristo, revueltas y emigraciones, destacándose en medio de aquel oleaje los tyrrenos, poderosas bandas de navegantes guerreros enseñoreadas del mar Egeo, y que acabaron por fijarse en los territorios costeños é islas de Grecia é Italia.

Ciertas concordancias plausibles que aguardan sanción definitiva de la etnografía y la lingüística, incitan hoy á sospechar su llegada á las Baleares y á nuestras campiñas, donde la fertilidad del suelo, clima bonancible y riqueza de minerales no solamente pudieron favorecer su propagación y arraigo, sino repercutir en Oriente su fama, inspirando á la poesía griega leyendas prodigiosas relacionadas con los Titanes, los Argonautas, Ulises y sobre todo Hércules, personificación mítica de aquellos aventureros.

Desde luego sí parece seguro que el estado neolítico arrancó de España, pues aquí ostentan una exuberancia, complejidad y vetustez indisputables sus reliquias, coincidiendo ellas geográficamente con los territorios ocupados por los Tartesios ó Túrdulos, en forma que permite atribuírseles. Sobre la costa oriental, primera base quizá de sus establecimientos, hubieron de oponer murallas formidables á las asechanzas de los indígenas, como también más tardíamente en las serranías del NO., codiciables para la explotación de minerales; pero sobre todo llenaron la espléndida zona del Mediodía, en donde radicó su máximo apogeo, excitando con vehemencia hoy nuestras disquisiciones.

Luego, hacia el siglo XI antes de Cristo, desposeídos los fenicios en Oriente de sus granjerías por la concurrencia de enemigos más poderosos, buscaron entre nosotros el desquite, haciendo comercio con los terratenientes, y quizá influyeron en la arquitectura, transformándola de aparejada en megalítica; pero la extremada rareza de objetos de su industria, con los que solían traficar, demuestra que por entonces no arraigaron.

El arte de las ciudades tartesias, los monumentos de su ponderada riqueza y cultura, yacen desconocidos para nosotros bajo el estrago de tantos siglos, y únicamente las necrópolis, casi siempre robadas de antiguo, dan alguna idea más fija de su arquitectura: así las de Antequera, orillas del Guadalquivir, Algarbe y boca del Tajo. Otros lugares montañosos y pobres, donde el posterior movimiento de pueblos fué menos activo, sí nos suministran residuos abundantes de las clases inferiores de aquella sociedad, con sus rústicas antas y grutas, donde se mezclan utensilios metálicos, cerámica y piezas de adorno, con instrumentos de piedra y hueso, como reliquias de prehistorismo, tanto más duraderas cuanto precaria era la situación de aquellas gentes.

En cerámica no conocieron el torno, pero elaboraban á mano una vajilla elegante, decorada con primor y bien cocida; el oro de varios ríos, y más tarde la plata que en estado nativo arrojaban los criaderos andaluces, eran prodigados con tal derroche que llenaron de asombro á los codiciosos orientales; el cobre fué material de armas ordinario en Andalucía, así como el bronce en la región del NO., donde la abundancia de estaño le hacía fácil de obtener, y constituyó probablemente un artículo de exportación comercial, así como del Báltico vendría el ámbar y del Oriente varios minerales preciosos, de que solían componer collares. Su destreza en manejar el pedernal á tajos y retoques y pulimentar otras rocas formando instrumentos, es bien reconocida. Su arte decorativo era casi exclusivamente geométrico; también consta que usaron pictografías como preludio de escritura, y aun quizá signos lineales; pero de su aptitud para las artes figurativas apenas tenemos idea satisfactoria.

La propagación evidente del neolitismo á través de los mares

del N. coincide con noticias de expediciones tartesias, que se llevarían un fin comercial, acaso en connivencia con los fenicios, beneficiando las minas inglesas de plomo y estaño, á la vez que llenaban de sepulcros, como los andaluces, las costas del mar de Irlanda y canal de S. Jorge, base probable de sus correrías hasta lo más septentrional. La busca del ámbar pudo llevarles más allá del Rhin, á lo largo de las playas alemanas hasta el Báltico, y es de suponer fuesen ellos mismos quienes, para eludir la penosa navegación en torno de las costas españolas con cargamento de estaño, abrieron una ruta á través de Francia, desde la Bretaña al Ródano, llenándola de estaciones suyas, que se nos revelan por los megalitos, y adiestrando siempre y por doquiera á los indígenas; por último, la invasión celta pudo arrojarles en parte sobre Cataluña y hasta las playas argelinas. Alejadas cada vez más aquellas gentes del foco vivificador de su raza, y sujetas á un clima duro y exigente, no es extraño que fueran embasteciéndose hasta caer en una rudeza próxima á la barbarie, y que su arte perdiera casi todo el elemento estético, reducido á lo precisamente útil.

El fin de este período sobrevino merced á circunstancias diversas: para las tierras llanas de España se debió á nuevas colonias griegas y fenicias, establecidas hacia los siglos VII á VI antes de Cristo, trayendo efluvios de arte clásico las primeras, desarrollados en esculturas peregrinas y á veces de subido mérito; cerámica á torno barnizada, muy arcaica y de fabricación local; bronces más ó menos originales; nuevos órdenes de arquitectura; un alfabeto derivado del fenicio, pero cuyo valor, en gran parte silábico, le presta analogía con el chipriota; el empleo del hierro, sobre todo en las armas; la incineración de los cadáveres, ó bien la fosa para uno solo extendido y bajo túmulo, y por último la moneda. Á fenicios y cartagineses, que llegaron á predominar en Andalucía, debimos en este período la vulgarización de sus industrias en vidrio, marfil y piedras grabadas, huevos de avestruz, vasos griegos, tipos monetarios y poco más. Respecto de las tierras montañosas y septentrionales, provocaría una transición más débil la invasión celta, y muchas regiones alcanzaron á los romanos sin adelantar cosa.

Tenemos aquí, pues, tres períodos de historia: el ligústico (paleolítico), el tartesio (neolítico) y el greco-fenicio (del hierro), antes de la invasión romana. El último está ya bien reconocido, y sus problemas no tocan á la materia vertida en las precedentes hojas. El primero bien merece seguirse llamando prehistórico, porque nada tiene de común con las sociedades organizadas; su vivir fué como de salvajes, que si permanecen abandonados á sí mismos nunca avanzan ni se transforman, y puestos en contacto con otros pueblos superiores mantiénense como substrato inerte, como la masa vulgar anodina sobre que toda civilización erige su poderío, que discurre por este mundo á remolque de sus urgencias, y así se perpetúa insignificante y metodizada: la historia pasa encima de ellos sin mirarles.

Respecto del segundo período, tan histórico es como el Egipto de los Faraones, antes de Champollión, como Etruria y como tantos otros pueblos cuya literatura es desconocida. Tal prerrogativa no pende, á mi juicio, de nuestra limitación de informes, sino del estado social á que vivieron sujetos los pueblos, y éste puede revelársenos por medios ajenos á la escritura, bastando que ofrezcan similitud de manifestaciones respecto de los que la historia conoce y cuyos herederos somos, para reputarlos históricos. El neolitismo corresponde á una sociedad obscura, pero bien definida, con una organización, un culto y un arte que nos son familiares, merced á la tradición clásica, y atestiguan la vida del espíritu con todas sus grandes maquinaciones. Quien levanta murallas como las de Tarragona y sepulcros como los de Antequera; quien modela vasos como los de Ciempozuelos y los Millares, forja espadas como las del Argar, traza jeroglíficos en las grutas mariánicas, se arroja al mar comerciando por desconocidos países, dicta leyes en verso y pelea con Viriato por castigar una injusticia, no es pueblo que viva de lo que come, sino digno de hermanarse con el egipcio maravilloso, el caldeo sabio y el griego enamorado de toda belleza y propenso á todo extravío.

Granada, Enero 1905.

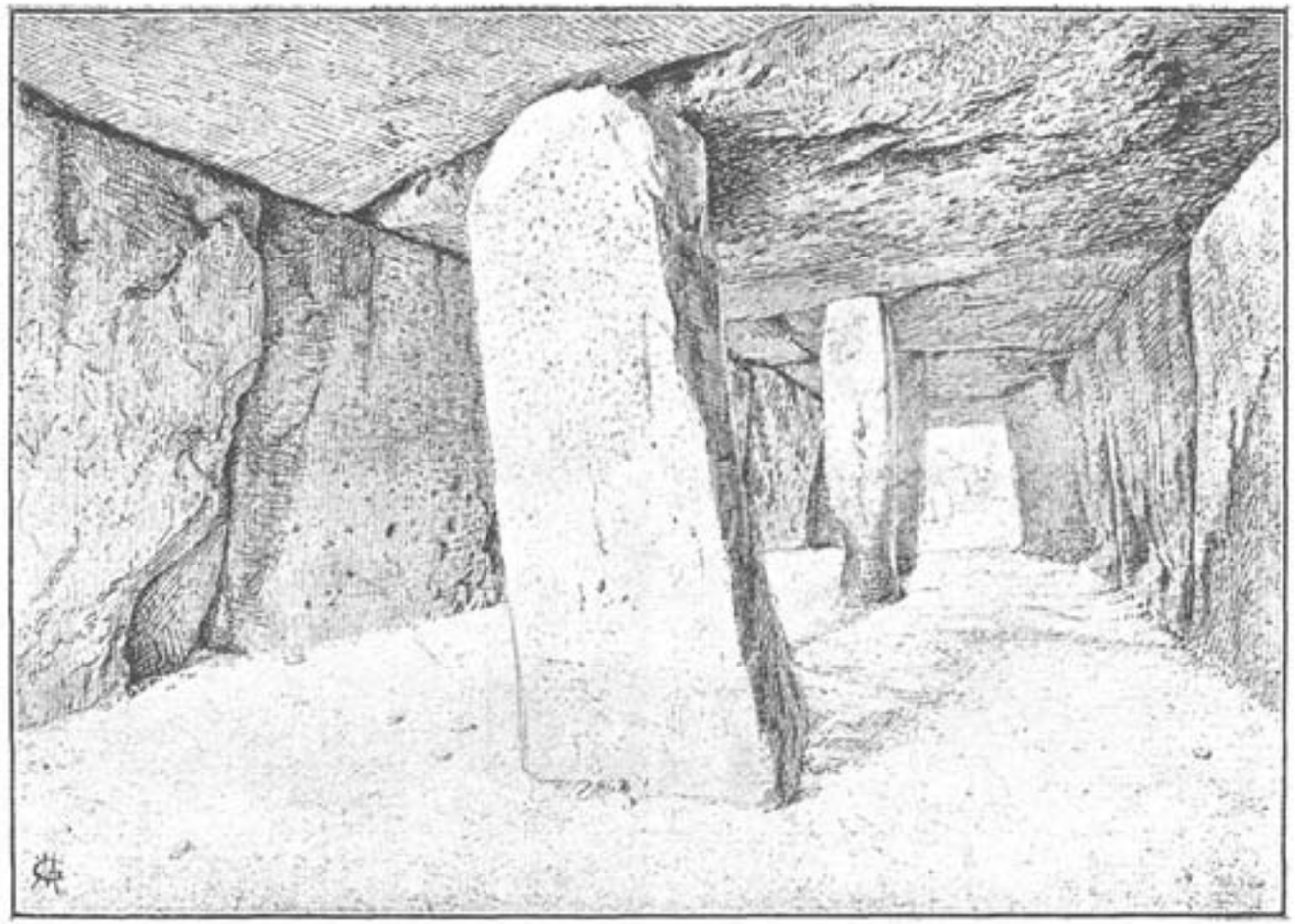
M. Gómez-Moreno M.

ENTRADA DE LA CUEVA DE MENGA

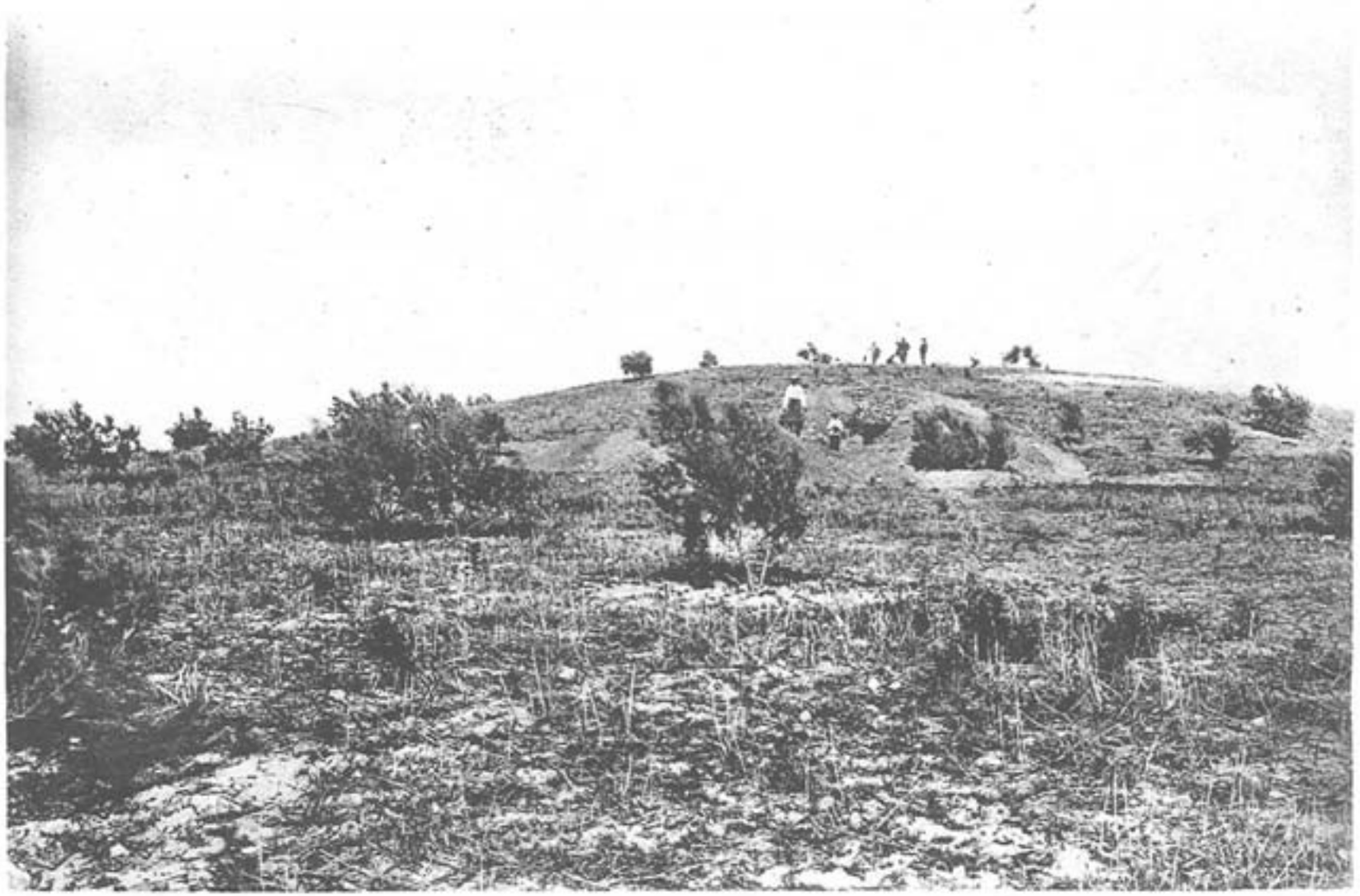
Fot. Lacoste Madrid.

CUEVA DE MENGA

Fot. Lacoste Madrid.

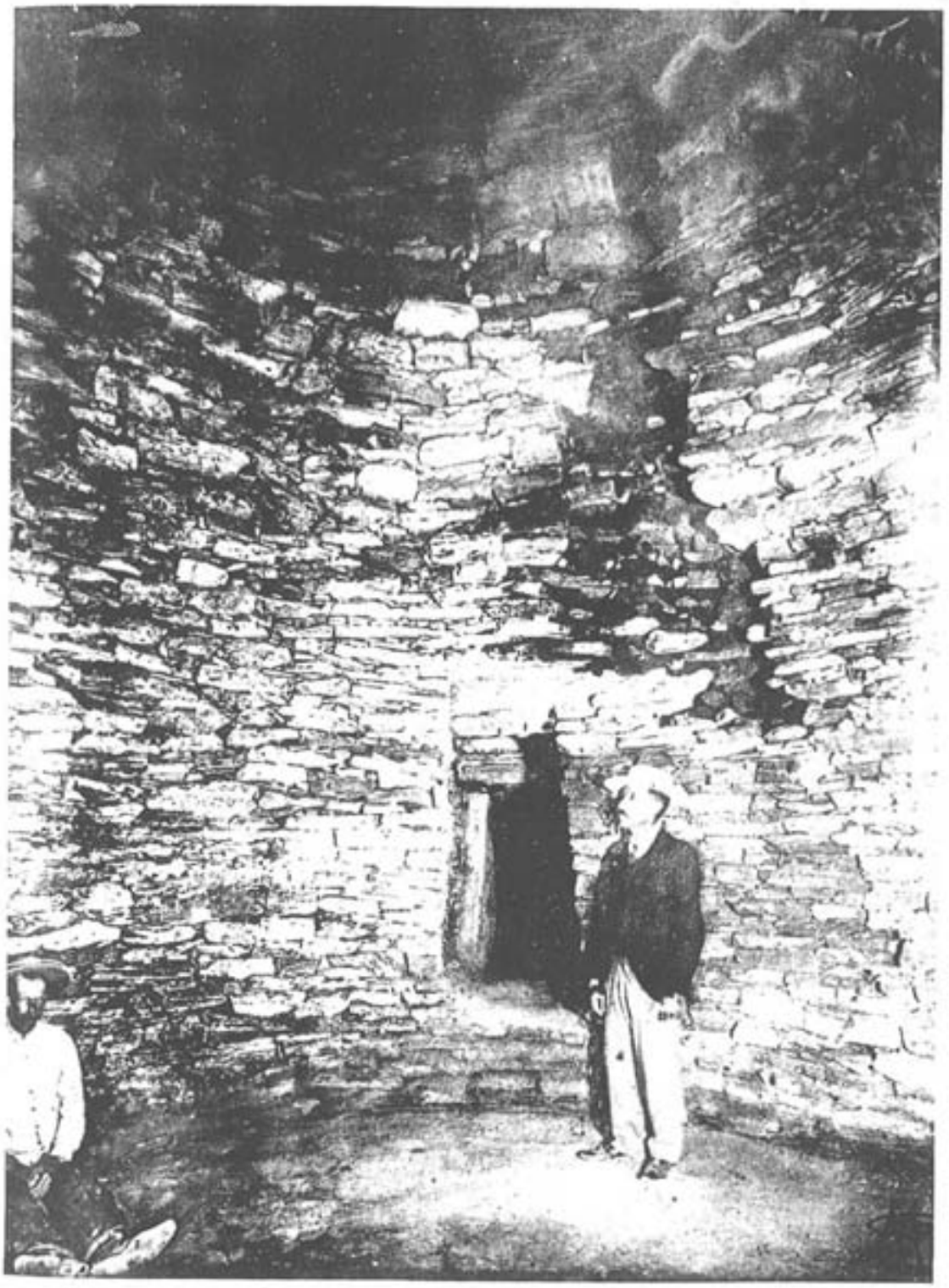


LA CUEVA DE MENGA DESDE SU FONDO



CERRILLO BLANCO, QUE CONTIENE LA CUEVA DEL ROMERAL.

Fot. Lacoste Madrid.



CUEVA DEL ROMERAL, CÁMARA.

Fot. Lacoste Madrid.